

EL BIEN COMUN

El bien común

por el Académico de número

D. Baldomero Argente del Castillo

(*Conclusión.*) (1)

LA TEORÍA DE LOS MEDIOS ANTE EL SENTIDO COMÚN

La causa de casi todos los errores teóricos es prescindir del sentido común en que debe inspirarse todo lo propiamente humano. Toda teoría debe pasar por ese tamiz. Porque el hombre al que nos referimos es el común; el bien que queremos conseguir es el común; los hombres de que tratamos son los comunes; su naturaleza es también la común. No puede ser todo más común. Si nos falta el sentido común, no entenderemos la teoría.

El dictamen del sentido común es, pues, necesario. Oigámoslo. El limitará nuestras exageraciones y revisará la obra de los otros sentidos. El nos dirá si tenemos los cabales o nos falta alguno. Lo que falta y lo que sobra. Aquello para añadirse y esto para suprimirlo. La intervención del sentido común es también indispensable en la Sociología, porque la Sociedad es la forma que adopta por lo general la comunidad humana; una forma más perfecta que aquélla: su transformación común.

Pero, ¿qué es el sentido común? El diccionario nos dice que es «la facultad de juzgar razonablemente de las cosas» (2.^a acepción). Pero esa definición no nos explica suficientemente lo que es. Es el sentido propio de los hombres comunes, o sea, los dotados de razón

(1) Véase el cuaderno anterior de estos ANALES.

o facultad de conocer y discurrir sobre las cosas desde el punto de vista natural en los hombres comunes o reales de verdad, que son los vivientes en la Tierra. Cada hombre tiene un modo de discurrir, que en parte coincide con el de los demás hombres, y en parte no. La suma de las partes coincidentes forma el sentido común. Las partes en que discrepan, que son innumerables, constituyen el sentido particular de cada cual. Aquél es el sentido de la realidad; el que permite juzgar de las cosas tales como son en realidad, según el sentir de los hombres en general, que es el común. El mejor guía en lo terrestre; el que impide incurrir en descarríos de la fantasía individual. En una palabra, es el «buen sentido», el racional. El instintivo es el verdadero; el consciente, el bello, el lógico; el racional, el bueno; bueno porque ordena todas las cosas hacia el bien común en cuanto depende del entendimiento y de la voluntad.

Vico dice que es «la sabiduría del género humano» (*Scienza nuova*, I, II, c. 2.º) o «la filosofía universalista del género humano» (*Idem*. 1, 1.º). Es el sexto sentido de las cosas, sentido del que tanto hablamos. Porque todas las cosas tienen cinco sentidos especiales, que corresponden a otros tantos modos de entenderlas; son sentidos parciales. Y además tienen un sexto sentido, el común, que los comprende desde el punto de vista común y que contiene en potencia a los cinco parciales. El común es el que debe dárseles para que todos las entiendan bien, que es el modo de que las entienda bien la comunidad humana.

Dícese que es el menos común de los sentidos; y se dice con razón. Porque cada cual de los hombres, en vez de ponerse en el punto de vista común, se pone en el suyo particular. Y desde su punto de vista, da a las cosas el sentido que le parece bien para él y no el que conviene a todos los hombres comunes sin nada de particular, es decir, el que conviene a él y a los demás, que es el común. Porque el sentido común es el de todos en general y de ninguno en particular. Cada cual de los hombres tiene una partícula de sentido común, y todos su sentido particular. El común es el de la humanidad, de la cual el individuo es sólo una parte infinitesimal.

El sentido común es amable y servicial. Siempre que a él acudimos se presta gustoso a servirnos. Entiéndase bien: se presta pero no se da; a quien carece de él se le puede prestar, pero no se le puede dar para que lo tenga, porque nadie puede dar lo que no es suyo, por ser de todos; eso carecería de sentido común, sería irracional.

Sometamos, pues, nuestra teoría al sentido común; oigamos su

dictamen. Ninguno más autorizado. Porque entre todos sabemos todo lo que conviene a todos; así como cada uno sabe mejor que nadie lo que le conviene a él. El sentido común nos hablará con insobornable sinceridad, nos dirá lo que le parezca según su leal saber y entender, y nos **explicará por qué**, aun siendo perfecta la teoría, en la práctica falla, puesto que con ella no conseguimos el deseado bienestar.

El sentido común estudia la teoría en conjunto y en detalle. Discurre, esto es, raciocina, razona y reflexiona. Y al cabo emite su dictamen con arreglo a su especial filosofía, que es la común.

EL DICTAMEN DEL SENTIDO COMÚN.—En cuanto al conjunto, el sentido común nos dice lo siguiente:

1.º Los datos elementales son indispensables, por ser esenciales; son imprescindibles para iniciar la teoría.

2.º Los reales son supuestos, tan naturales, o sea, tan estrictamente necesarios, que si no estuvieran mencionados habría que suponerlos, aunque sean indemostrables.

3.º Los posibles, son posibles verdaderos; pero no reales de verdad, porque no son efectivos. En cuanto posibles, se echa de ver ante todo que carecen de sentido común, es decir, del que usualmente se da a sus denominaciones usuales, para que todos sepamos a qué atendernos cuando se les menciona. Todos ellos tienen un sentido particular, no el común.

En cuanto al detalle de los posibles, el sentido común emite su fallo conforme a esa especial filosofía a que nos hemos referido.

LOS TÓPICOS DEL SENTIDO COMÚN.—La filosofía del sentido común no está contenida en los adagios o refranes, sujetos a experimentación y plagados de excepciones, sino en tópicos o lugares comunes que la experiencia ha acreditado. Esos son los principios esenciales de tal filosofía. Es injusto el usual menosprecio del sentido común y de sus tópicos. Estos son el fruto abstracto de siglos de observación y de experiencia; alcanzarlos ha costado a la Humanidad muchos años de reflexión; son la cristalización de la sabiduría alcanzada; lo único que sabemos de verdad, sin temor a rectificaciones posibles. Son leyes del pensamiento humano; leyes comunes, las únicas que no admiten excepciones; las únicas hechas sin trampa ni cartón, como suele decirse, porque en todas las demás leyes humanas, «hecha la ley, hecha la trampa», según nos dice el refrán; aquéllas son leyes macizas, de una pieza.

Esos tópicos son los principios de que el sentido común parte

para formular sus juicios y formular sus fallos. Principios de filosofía que nos son necesarios en Sociología, en cuanto ésta se ocupa de la comunidad humana. Por ser principios generales, son comunes a todo un género de cosas. Son los fallos que el sentido común dicta respecto de todas las teorías, fallos del dictamen sobre todas, y, en este caso, sobre la nuestra de los posibles. Porque para el sentido común todas las teorías son sospechosas y hay que revisarlas para hacerlas adaptables a la práctica.

Los tópicos son los siguientes:

1.º Todos los esenciales son insustanciales; demasiado metafísicos; carecen de sustantividad; son bienes sin fundamento en la realidad.

2.º Los reales son todos cuartos; la mitad de la mitad.

3.º Los verdaderos son formales, pero no sinceros. Formales porque se refieren a la forma de las cosas; no sinceros por sus dobleces, es decir, porque se desdoblán en partes que encubren su verdad; y toda verdad encubierta es sospechosa. Veámoslos por separado:

a) La primera es la que vale. Es laboriosa, servicial y amable.

b) La segunda es la mediana. Nunca segundas partes fueron buenas.

c) Las terceras son oficiosas.

4.º Todos los cuartos son falsos. Por ser afectivos, no efectivos. Son ilusiones; que tienen un valor porque no sólo de pan vive el hombre; también vive de ilusiones, pero no sustentan. Las ilusiones alegran la vida y la sostienen, puesto que el hombre vive de ellas; pero siempre presagian decepciones.

5.º No hay quinto malo. Porque todos son ideales. Posibles en otro mundo, pero imposibles en éste, donde estamos. Contemplando su belleza, quedamos encantados y se nos va el santo al Cielo; pero nosotros necesitamos caminar por la Tierra, donde nada tienen que hacer los ideales.

Estos fallos, aunque parecen tópicos, son sentencias universales que encierran la filosofía común, o sea, la de los hombres con sentido común. Los fallos del sentido común no fallan nunca, aparte los casos excepcionales que no son los reales; son sentencias profundísimas sobre las cuales hay que reflexionar mucho para llegar al fondo; sentencias idénticas y siempre las mismas, mientras los hombres vivan en la Tierra; sentencias únicas, inmutables, fundamentos de todo razonamiento natural. En una palabra: axiomas, que parecen lugares comunes, y como son lo que parecen, su presencia certifica su verdad.

Concretando: nuestra teoría es lógica, pero no racional. Es defectuosa: hay que quitarle lo que sobra y añadirle lo que falta para que sea perfecta.

LO QUE SOBRA.—¿Qué sobra en la teoría de los medios posibles? Sobran las ilusiones y los ideales. Porque las ilusiones son ficciones de la mente y los ideales creaciones de la fantasía. Ilusiones son la libertad, la igualdad y la fraternidad de los hombres; porque todos los hombres son determinados por su naturaleza, en relación con las circunstancias; todos son desiguales en realidad, aunque esencialmente sean iguales; y todos se combaten entre sí con verdadera saña. Los ideales en la Tierra son creación de la fantasía. Y nada tienen que hacer en un mundo de realidades. Las ilusiones y los ideales son valores perfectos, aunque teóricos. Las ilusiones sostienen la vida y ayudan a soportarla. Los ideales la embellecen y ayudan a sufrirla. Ambos son como viñetas ilustrativas del texto que facilitan su lectura. Pero innecesarias aquí, aunque lo sean en otro mundo. Posibles en teoría, son imposibles en la práctica.

LO QUE NOS FALTA.—Además de faltarnos totalmente el sentido común al concebir los posibles, esto es: la paz, la riqueza y la salud, por lo menos a partir de cierto punto, nos faltan también los medios necesarios para hacer efectivos en la práctica los posibles teóricos; y los morales para perfeccionar hasta el máximo nuestro bienestar.

Los medios efectivos nos son absolutamente necesarios. Estos medios efectivos son los cuartos. Sin los cuartos estamos perdidos en este mundo. La falta de cuartos no se puede suplir con nada en realidad.

Nos faltan también los morales; que nos permitirán conseguir la máxima perfección del bienestar posible aquí. Pero de estos medios morales podemos prescindir por ahora; no son urgentes, mientras no pasemos adelante y miremos al futuro. El sentido común no los comprende, no entran en su órbita; pertenecen al sentido moral. Pero llegará un instante en que suene su hora, que es la hora fijada por la Providencia como final. Entonces los echaremos de menos y comprenderemos que sólo ellos pueden darnos la máxima felicidad. Pero siendo urgentes, los aplazaremos.

Ahora completemos la teoría dando a los posibles su sentido común.

1. LA PAZ COMÚN.—La paz entendida en sentido común es sólo «una tregua en la lucha por la vida, concertada entre las partes por

conveniencia común, en provecho de todos». La vida es lucha. Vivir es pelear. Los hombres pelean entre sí impulsados por su egoísmo animal y contra todos los enemigos que amenazan su vida para defenderla. Pero pelear cuesta trabajo; lo cual implica fatiga y cansancio. De cuando en cuando se necesita descansar para reponer las fuerzas y continuar la lucha. De esta necesidad de descanso proviene la tregua.

Pero ha de ser concertada entre los hombres que sostienen la lucha con sus enemigos. Si no, será tregua efímera. Y los hombres no se concertarán si no están concertados sus intereses, es decir, lo que a ellos interesa en la lucha.

Pero la tregua ha de fundarse sobre la conveniencia común. Es decir, ha de convenir a todos y a cada uno de los combatientes. Sólo así será duradera. Durará lo que dure aquella conveniencia y mientras sea común. Porque ésta es la razón de ser y de existir de la tregua. La cual se rompe en cuanto deja de interesar a alguno, es decir, en cuanto no sea provechosa para todos, porque si alguno la considera perjudicial para él, no le interesará que siga y la romperá.

La paz es resultante de los siguientes factores, cada uno de los cuales es un paso hacia la perfección de la paz. Estos factores son: la quietud, la calma y la tranquilidad en sus tres formas o manifestaciones naturales: a) el reposo; b) el sosiego, y c) el descanso. Por el amor entre los hombres se convierte la fraternidad en filantropía; y finalmente, la caridad se convierte en el sentimiento de humanidad por amor al bien del hombre en conjunto, o sea, de la especie humana.

Ahora estudiemos separadamente cada uno de esos factores:

1.° *La quietud*.—«Sosiego, reposo y descanso», según el Diccionario. Pero no es eso. La quietud es lo contrario del movimiento. Quedarse quietos es no moverse; es cesar la perturbación del orden ocasionado por el movimiento real; el fin de la perturbación y el principio del restablecimiento de un orden nuevo. La quietud no es todavía la paz, pero sí su posibilidad.

2.° *La calma*.—La calma es «cesación o suspensión de alguna cosa» (Dicc.). Mas parece ésta la definición de la quietud. Lo que cesa cuando sobreviene la calma es la agitación previa, porque la tempestad precede a la calma. Es la paz del alma y el alma de la paz, por ser la forma en que se manifiesta su ser. La suspensión de la agitación de las pasiones. La manifestación del restablecimiento del orden; el preludio de la tranquilidad.

3.° *La tranquilidad*.—Restablecido el orden, la tranquilidad, en

el orden restablecido, es la forma o manifestación natural de la paz. «Gran sosiego, quietud y repóso», dice el Diccionario. Ser tranquilo requiere estar tranquilo. La tranquilidad a que nos referimos es la común. La calma, o paz del alma, prolongada, nos da la tranquilidad. Verdadero factor de la paz; su manifestación natural; el que la hace renacer. Hija de la armonía entre los hombres; sin esta armonía no la podríamos disfrutar. Forma natural de la paz común, compuesta de tres formas o manifestaciones naturales de la paz, todas ellas igualmente naturales: a) El reposo de los cuerpos. b) El sosiego de los espíritus. c) El descanso de las voluntades, que son las manifestaciones instintiva, consciente y racional del deseo de paz.

Un alto en el camino.—Ahora hagamos un alto en el camino lógico del pensamiento y miremos atrás. Reflexionemos. El descanso es lo racional. Es lo que conviene a todos cuantos consumen sus fuerzas en la lucha por la vida; porque nuestra naturaleza repugna la fatiga y el cansancio. Pero este descanso es provisional, no el definitivo. Es descanso para reponer las fuerzas y seguir luchando. El descanso prolongado sería la quietud continuada, más allá de la cual desembocamos en la inmovilidad, que es el colapso, el sopor, el coma... Y la coma nos separa de algo horrible... la Muerte, a la cual no queremos llegar. Todo ello consecuencia del prolongado descanso, prolongado hasta su máxima perfección, que es ser eterno. Pero nosotros no queremos llegar a la muerte; queremos la paz en esta vida. La teoría de la paz acaba aquí, en llegando a este punto cierto; descendamos a la realidad de verdad y apelemos a lo racional, dejando el camino lógico. Nuestro descanso es sólo provisional.

4.º *La filantropía.*—Lo que sigue no es la fraternidad; aquí una ilusión, imposible en realidad. Lo que sobreviene es la filantropía, por amor a los hombres en particular. Y por consiguiente

5.º *La humanidad.*—Que es un sentimiento moral de amor al conjunto de los hombres que constituyen la Humanidad. Sentimiento inferior a la divina caridad, que exige sacrificios considerables; a la que sustituye este sentimiento de amor a todos, como si la humanidad formara un sólo cuerpo con una sola alma y una única voluntad, y todas sus penas y dolores repercutieran en nuestro corazón.

2. LA RIQUEZA EN SENTIDO COMÚN.—La riqueza común es la abundancia de los medios necesarios para acrecentar nuestras fuerzas en la lucha contra los enemigos que amenazan nuestra vida, hasta vencerlos y emanciparnos definitivamente, recobrando nuestra perdida libertad.

Estas fuerzas son de tres especies: corporales, espirituales y morales, que nos dan, respectivamente, las tres verdaderas riquezas personales del hombre: la robustez; la cultura y la virtud. Las analizaremos separadamente:

A) *La robustez común*.—Es la abundancia de fuerzas corporales. Fruto de la nutrición suficiente y de la higiene practicada. Los factores de la robustez son tres. Sólido esqueleto, fuertes músculos y firmes nervios. Lo cual nos asegura la longevidad. Y nos facilita la perpetuidad de la especie.

B) *La cultura en sentido común*.—Es la abundancia de conocimientos intelectuales. Efecto del cultivo del espíritu. Y se llama ilustración. Cuyos factores comúnmente son:

- 1.º El estudio con talento.
- 2.º Las lecciones de la experiencia.
- 3.º La enseñanza deducida. En tres órdenes: Ciencia, Arte y Letras.
- 4.º De lo cual extraemos la doctrina del maestro.
- 5.º Y finalmente, la suficiencia para obrar con acierto.

Algunas observaciones relativas a esos factores:

Es indudable que cierto grado de riqueza es necesaria para que el ingenio (el talento) pueda dar notables frutos, y por eso la clase intelectual sale casi toda de las familias ricas y acomodadas. El mismo Goethe confesaba a Eckerman: «Todas las frases felices me cuestan un bolsillo lleno de oro.» Meyerber pudo llevar a término el melodrama que lo ha hecho inmortal, sólo porque tenía a su disposición una admirable y riquísima orquesta... Meissonier, para reproducir en su cuadro la catástrofe del gran ejército, compró en Rusia latifundios que hizo recorrer con pesados carros en días de nieve. Darwin, para descubrir el origen de las especies, hubo de consagrar cinco años de su vida a dar la vuelta al mundo. Galileo, Cassini, Viviani, Poli, Morgagni, Poloni, Volta, todos los insignes sabios que han hecho célebre el nombre italiano, salen de las familias acomodadas; como de las familias más ricas salieron los holandeses famosos. Gandolle calcula que de noventa sabios no franceses, el 93 por 100 salen de familias nobles y ricas; sólo el 7 por 100 de las familias pobres; y que entre las mismas clases ricas, son sobre todo los sustentados por la propiedad mueble los que dan mayor contingente al movimiento intelectual. De donde se deduce que el verdadero fundamento de la grandeza mental del hombre no es la existencia del

genio, sino la existencia del capital» (Aquiiles Loria, *Las bases económicas de nuestra civilización*, pág. 11).

Ciencia es el conocimiento racional de la naturaleza de las cosas y de sus leyes; leyes naturales. El conjunto de estos conocimientos forman las ciencias naturales.

Arte es el conocimiento sensible de la forma de las cosas. El arte no es ciencia. Es un modo de la actividad humana encaminada a dar a una cosa forma perfecta. Esta cosa es la obra de arte. La cual puede definirse diciendo que es «un producto de la actividad humana capaz de causar en los hombres, por la perfección de su forma, es decir, por su belleza, una impresión análoga en naturaleza, aunque no en intensidad, a la causada por la misma cosa si fuera de verdad.» Artista es el hombre capaz de crear *una obra de arte*. Se dice crear por ser obra de la fantasía, cuya función es crear formas sacadas de la nada. La forma es perfecta *en cuanto* satisface todos los deseos humanos respecto a forma.

Las Letras son la literatura; cuyas divisiones son múltiples y tan conocidas, que excusan su enumeración.

De cuyos conocimientos extraemos la doctrina del maestro. Esta doctrina es un abstracto y un extracto de todo lo que hemos aprendido; la doctrina por excelencia es la relativa a nuestro fin.

La cual da la suficiencia para obrar con acierto. En todo, y especialmente en relación con nuestro fin, que en este caso es el bien común, o sea nuestro máximo bienestar posible en la Tierra.

C) *La virtud común*.—La virtud común, o sea la virtud entendida en sentido común, es la eficacia. «Eficacia: actividad, fuerza y poder para obrar» (Dicc.). La cual es un hábito de la voluntad, hijo del uso y la costumbre de obrar bien habitualmente, en persecución del fin propuesto. Porque la virtud, según el Diccionario de la lengua, es «un hábito de la voluntad que inclina o predispone a obrar bien»; hábito tan poderoso que llega a constituir una segunda naturaleza.

III. LA SALUD COMÚN.—La salud teórica es perfectísima. Pero no es posible en la Tierra. Aquí es una ficción nuestra, una ilusión fantástica, un ideal soñado sin existencia posible. El hombre ideal, teórico, puede gozar de esa salud teórica. Pero en la Tierra no hay ninguno que pueda gozarla tan perfecta. Aquí no hay sino pobres enfermos que caminan hacia la muerte. Apenas sabemos lo que es salud perfecta.

En sentido común, la salud común es la orgánica, un compuesto de los siguientes factores:

1.º La pureza de la sangre; 2.º La buena naturaleza; 3.º La buena constitución orgánica. Es decir: tener buen cuerpo, buen espíritu y buen corazón.

IV. El perfecto funcionamiento de todos los órganos, o sea la perfecta normalidad de las funciones. Y por fin,

V. La salvación de la especie, o sea la perpetuidad de los individuos o de los hombres.

Veámoslo con más detención.

1.º La pureza de la sangre es lo primero para la salud del hombre, es decir, ser de buena casta o raza. Esta es la gracia esencial del hombre; gracia porque la recibe gratuitamente de la Providencia, ya que el hombre no elige la casta a que pertenece. La bondad del origen es la condición esencial de la salud; porque es su principio. Esta pureza, en realidad, corresponde a la sustancia de que estamos formados; y consiste en ser de pura sangre, o sangre pura, limpia de impurezas. Lo cual equivale a decir que consiste en que el divino alfarero nos haya fabricado de arcilla pura. Para lo cual se necesita que sean igualmente salubres los padres que lo engendraron. La pureza o limpieza de sangre es la fuente de la salud.

2.º La buena naturaleza es un don natural del individuo humano; don individual de perfección natural. Es ser de naturaleza buena y sana, condición necesaria para pasarlo bien aquí. Es estar sanos del todo, por don natural recibido al nacer.

3.º La buena constitución orgánica es la verdadera condición de la salud; su verdadero factor. Factor derivado de los anteriores, que en él se combinan y asocian; y son necesario antecedente. Toda constitución exenta de defectos que nos permita sentirnos y portarnos bien. Esta constitución de forma orgánica es compuesta de tres: a) la corporal, consistente en estar bien el cuerpo, bien el estómago, tener buen apetito y hacer buena digestión; b) la espiritual, o estar bien de la cabeza, bien del espíritu, por aquello de *mens sana in corpore sano*; inteligencia despejada, lógica en el discurrir, que es la salud del orden consciente, y c) tener buen corazón, o sea buenos sentimientos, amar racionalmente lo bueno, o sea en orden al bien común; sin enfermiza sensibilidad, sin exageraciones; con prudencia, que es la salud moral.

4.º *La euforia*. Todo lo cual nos da la perfecta normalidad funcional, o sea la euforia; y con ella el optimismo. Y asegura

5.º *La salvación de la especie*; que es el fin que persigue la salud. Esta salvación consiste en su perpetuidad, mediante la multiplicación

de los hombres, o sea la procreación, a fin de que a los actuales individuos les suceda la posteridad. Ya que la salvación individual es imposible aquí, en común, sálvese la especie al menos. Los padres se perpetúan en los hijos. Esto es, en realidad, el modo de ser eternos; la inmortalidad se asegura por una extensa y nutrida posteridad. El fin de la salud, entendida con sentido común, es, pues, fundar y criar familia humana. Porque la naturaleza tiende a salvar la especie aun a costa de los individuos, a quienes sacrifica el bien de aquélla. Lo que la naturaleza quiere es salvar a la Humanidad en general, no al individuo en particular. La salvación de que se trata es la común, no la singular.

LOS MEDIOS EFECTIVOS.

Ahora veamos lo que falta en la teoría. Y lo primero que se echa de menos es el concurso de los medios efectivos. Prescindiremos, por ahora, de los morales, que son innecesarios, mientras no contemos con los necesarios y efectivos. Los cuales sí que son absolutamente necesarios para conseguir el bien posible aquí. Efectivos son «los que hacen» (Dicc.); pero ¿qué hacen? Hacen efectivos a los demás; y aquí al bienestar posible. Todos ellos son, por su naturaleza, materiales; materiales necesarios para edificar con ellos nuestro posible bienestar.

Estos medios efectivos, entendidos con sentido común, son cinco: el eficiente, el eficaz, el auténtico, el fundamental y el definitivo. De este último, el definitivo, prescindiremos ahora; lo tenemos seguro, no nos faltará a su hora; es un fin que perseguimos aquí, pero en esta vida todo es provisional. Lo que nos preocupa son los otros cuatro cuartos que nos faltan; de cuya falta provienen los males que sentimos; y sin los cuales no es posible el bienestar en este mundo. Hay que buscarlos, descubrirlos y capturarlos. Cuando tengamos lo fundamental nos ocuparemos del cimient. Porque el edificio del bienestar hay que levantarlo sobre cimiento de roca, para que sea inconvencible y desafíe todos los vientos.

Al sentido común le pedimos que nos dé esos miserables cuatro cuartos, cuya falta tiene la culpa de todo lo malo que pasa en este mundo. Pero aquél nos dice que, sintiéndolo mucho, no nos los puede dar. Porque dar cuartos es cosa que carece de sentido común. Lo único que el sentido común puede dar son buenos consejos. Y nos aconseja que para descubrir los cuartos nos dirijamos a sus agentes, porque descubrir y capturar a los culpables es función de los agentes.

LOS AGENTES.

Obedeciendo al sentido común nos dirigimos a sus agentes para pedirles que nos digan cuáles son esos cuatro cuartos efectivos, y si es posible nos los den. Esos agentes son tres: el práctico, el especulativo y el natural. Los tres son muy valiosos, puesto que cada uno nos cuesta un sentido, y las cosas valen lo que cuestan; lección del sentido común también. Los agentes son: el propio sentido común actuando de tres distintas maneras; o sea, tres modos de actuar con idéntico origen, aunque en distinta forma y con el mismo fin.

Estos agentes, que personificamos, encarnan en hombres. El primero en un rudo trabajador; el segundo en un intelectual, y el tercero en un terrícola o indígena de la Tierra. Los tres, a pesar de su comunidad de origen, piensan, quieren y obran de modo distinto. Es el mismo hombre común, que obra de diferente modo, según los casos y las ocasiones. Sus diferencias no son de origen ni de fin, sino de forma y función. Son diversas manifestaciones del sentido común; tendencias distintas; inclinaciones y orientaciones diversas, todas ellas encaminadas a descubrir los medios necesarios para hacer efectivos los posibles, o sea posibles en realidad de verdad, es decir, en la práctica. Son, pues, aspectos parciales del sentido común, o sea del sexto sentido; cada uno con sus peculiares medios de comportarse.

Cada uno de dichos agentes representa una especial clase de hombres. Aunque los tres se dan por lo común en los hombres corrientes, en diferente proporción; y según el que predomine se califica al agente. Aunque todos parten del común, cada agente constituye un sentido especial, pero de menos categoría que el común o racional que comprende a los tres. Son tres modos o formas distintas de operar el buen sentido, para descubrir los cuatro cuartos necesarios en la Tierra para conseguir el bienestar posible en ella; tres ramas del viejo tronco del sentido común; tres maneras de obrar: la del práctico, instintiva; la del especulativo, lógica; la del natural, reflexiva, a fuer de racional. Son distintas las maneras por ser distinta también la situación de cada uno frente al problema: el uno, ayuno de teoría; el otro, ahito de ciencia, y el tercero, que comunica a su ciencia el buen sentido que facilita la experiencia de que está cargado.

A) *La obra del práctico.*

El sentido práctico parte del común para realizar su obra. De él participan todos los hombres comunes, aunque en diverso grado.

Es, por lo común, como dijimos, un rudo trabajador, que trabajando, se gana el pan y la vida, que es lo práctico y positivo. Hombre de escasa cultura, de cortos alcances, de carácter instintivo y de sentido materialista. No carece del común, pero limitado a lo práctico; y se inspira en el egoísmo del animal, que es ciego, y se confina en lo material. Es seguro y certero como el instinto, pero se queda corto. Como no reflexiona, sus formas son toscas por ser impulsivo. Su fin es hacer una revolución práctica.

El práctico en funciones.

Preparado ya el práctico, se dispone a entrar en funciones. Espontáneamente nos promete ajustarnos las cuentas y darnos los cuatro cuartos que nos faltan para conseguir el posible bienestar. Pero nos pone sus condiciones y nos traza su programa. Este consiste en operar a sus anchas, maniobrar a su talante, aunque sin talento, remilgos ni escrúpulos; en otras palabras, hacer con nuestros bienes lo que le de la gana. No nos gusta la proposición; pero cedemos al fin, inducidos por el sentido común, que nos aconseja ceder para evitar mayores males, ya que a ello nos fuerza la necesidad de averiguar cómo conseguir el posible bienestar. Y previo nuestro consentimiento, voluntario, pero no libre, sino forzado, el práctico, guiado por el instinto, a su parecer infalible, mete manos a la obra y comienza sus operaciones. Y con ellas la revolución. Porque así como la teoría es obra del filósofo, la revolución es obra del práctico.

Esta revolución es un cambio repentino, brusco y violento en el orden de nuestros bienes teóricos. La revolución del práctico es una revolución efectiva, síntesis, por lo común, de todas las posibles revoluciones; una revolución de suma trascendencia, inspirada por el sentido común, ya que el práctico, fiel a su origen, no se separa del sentido común, aunque limitado a lo práctico.

Con la facilidad que da la práctica, pone manos a la obra, y en menos que canta un gallo hace una profunda revolución en nuestros bienes. La revolución del práctico constituye para los teóricos una

dolorosa sorpresa y una triste revelación, porque no estábamos acostumbrados. Asistimos a ella con el ánimo apenado, por el amor que profesábamos a nuestra teoría, de la que seguimos enamorados o a causa de la perfección de su forma, es decir, de su belleza. La revolución nos deja atónitos por lo inesperada.

La revolución en marcha.

La revolución se realiza en tres jornadas, a saber: A) La preparatoria; B) La ejecutiva, y C) La reconstructiva. En cada una de las cuales los jornaleros de la revolución realizan una serie de operaciones que hacen caer el pensamiento desde el cielo de la teoría al terreno de la práctica.

Como obra de jornaleros de escasa cultura y de cortos alcances, las jornadas se dividen en períodos, señalados por palotes, y cada período en etapas, también tres, que se anuncian por las correspondientes palotadas. (Según el diccionario, «señal que deja el golpe dado con el palote sobre una superficie plana o asteriscos».) Las etapas se pueden interrumpir con interrogaciones e interjecciones, pero no conviene menudearlas, porque a veces unas y otras pueden parecer impertinentes u ofensivas al operante.

A) La primera jornada:

Es la preparatoria o preliminar. Estamos en los pródromos de la revolución. Esta jornada tiene por fin la comunización de los bienes. Y se realiza en los tres períodos susodichos, y cada período en tres etapas: veámoslo.

I. LA INCAUTACIÓN forzosa de nuestros bienes por el práctico. Con esta incautación comienza la historia que voy a contar. La incautación comprende las tres etapas consabidas: * Incauta manifestación de los bienes por el teórico. ** Requisa forzosa de dichos bienes por el aprovechado práctico. *** Decomiso arbitrario de todos los bienes por los titulados *comisarios*, autorizados para incautarse de ellos.

Todo lo cual parece un robo. Pero sería inútil gritar ¡ladrones! Con la revolución en marcha, nadie nos haría caso. Y como se han apoderado de nuestros posibles teóricos, es decir, la paz, la riqueza y la salud, en vano pediremos ayuda a nadie.

2.º EL SAQUEO.—Tras la incautación viene el saqueo. No por casualidad, sino premeditadamente. El práctico se propuso efectuarlo en cuanto comenzara la revolución, o sea en la primera jornada. También en las tres consabidas etapas señaladas por las correspondientes palotadas.

* *La suma*.—El práctico revolucionario sumó en la primera etapa de este segundo período los bienes incautados, metiéndolos en un saco común, corriente y ordinario, o sea en un costal. Con ello la incautación queda consumada.

** *La trituración*.—El práctico lleva el costal de bienes a su molino, para hacerlos harina. Con lo cual fabricará el pan ordinario muy del gusto del práctico; porque éste, horro de delicadezas, carece de paladar; y todo le sabe a lo mismo al principio; sólo quiere que sea bastante, por aquello de que «donde no hay harina, todo es mo-hina».

*** *La rotulación*.—Al final del saqueo pone sobre el costal este rótulo: *Riqueza común*; que no es lo mismo que riqueza de la comunidad, aunque lo parece. Pero nosotros sabemos que no es lo que parece, porque se trata de nuestros bienes, que no eran comunes en ningún sentido de la palabra; al contrario, eran muy valiosos y de propiedad individual. Pero es natural que el práctico, dada su tosca naturaleza, los confunda.

3.º LA LIQUIDACIÓN.—Y llega por fin el fin de esta jornada, o sea, la hora de la liquidación, tanto de la jornada revolucionaria como del producto de la incautación y el saqueo. Liquidación que también se realiza en tres etapas.

* *Cierre de libros*; cierre obligado, porque en los libros sólo se aprende teoría, que no sirve para nada, a juicio del práctico. Todos los libros, por consiguiente, están demás; dejémonos de filosofías y vayamos a lo práctico, nos dice este agente revolucionario.

** *Corte de cuentas*. Cerrados los libros, lo más práctico es acabar con las cuentas, cortando el hilo que engarzaba las diversas partidas. Este hilo era el hilo de oro de la tradición, el de plata de la historia y el de cobre del sentido común; hilos con los cuales se formaba un rosario ideal de cuentas, cada una de las cuales era como una flor, y el conjunto nos daba como fruto la salvación. Para el práctico, esas flores y ese fruto son de trapos, y trapos de escaso valor.

*** *Las partidas sueltas*. Al final de la liquidación salen las partidas sueltas, las no liquidadas, a operar por su cuenta. En cuanto

a los bienes saqueados por estas partidas, los considera harina de otro costal.

Nuevas denominaciones.—El práctico bautiza de nuevo los bienes saqueados, y les pone los nombres habituales, no inventados por él, sino tomados del sentido común, no sin algunas vacilaciones. En adelante esos bienes no serán bienes, sino materiales para edificar el bienestar posible, símil de albañilería muy de acuerdo con el espíritu del práctico.

Esta primera comunización de los bienes es puramente nominal. Consiste en cambiar los nombres de los bienes teóricos por los comunes más conocidos y más prácticos. Pero son los mismos perros con distintos collares. La revolución hasta ahora es de boquilla. En el fondo todo sigue igual, salvo para los despojados. Es haber dado media vuelta a la tortilla.

B) *La segunda jornada.*

La segunda jornada es la ejecutiva. Las cosas se complican y hay que llegar a las ejecuciones. Esta será la verdadera revolución. Ahora va de veras. Hay que ejecutar los proyectos y a quienes se opongan a su realización. Lo anterior no ha dado al práctico ningún efectivo, es decir, ninguno de los cuatro cuartos que buscaba al comenzar la revolución.

El práctico realiza sus operaciones matemáticas revueltas y con perturbación del orden. De esto no hay que sorprenderse; en una revolución de esta especie no hay que sorprenderse de nada, y menos de la perturbación del orden. Las operaciones son crueles. El práctico, rabioso por el fracaso de la primera jornada, corta y raja por donde le parece bien, sin entrañas; está dispuesto a que la revolución se realice, caiga el que caiga.

Las operaciones matemáticas anunciadas son tres: una de resta, otra de suma y una tercera de multiplicación. Con el orden perturbado, como dijimos; porque el orden natural de estas operaciones es suma, resta y multiplicación. Veámoslas:

1.° LA RESTA.—Se realiza por instinto. Consiste en destrozar los bienes. Período atroz, caracterizado por las amputaciones. Que justifican las interjecciones y enmudecen las interrogaciones. Con sus tres etapas:

* Amputación de los esenciales. Que es como cortarle la cabeza a nuestros posibles. Con lo cual se nos arranca el alma, que al prác-

tico no le sirve para nada. A juicio del práctico, las cabezas, por ser muy altas, deben cortarse para que dejen de ser peligrosas; y todo lo metafísico ser suprimido por enemigo del práctico y de su revolución.

****** Sustracción de los reales; que el práctico se guarda para sacarlos a relucir cuando llegue su oportunidad y formar con ellos un saneado capital. Nosotros nos callamos, y nada preguntamos, por estar prohibidas las interrogaciones y por miedo a las sanciones.

******* Por fin nos quita las ilusiones que, según el práctico, sólo sirven para acarrear decepciones, y mata los ideales, que están demás en este mundo de oscuras realidades. Con lo cual, deja el cuerpo de bienes sin pies, después de haberlo dejado sin cabeza. Así hace del cuerpo de bienes un cuerpo mutilado, un tronco sin hojas ni flores, un cadáver destrozado.

II. En el segundo período de esta jornada memorable se hace la revolución de modo consciente. No es bastante sustraer, nos dice el práctico. Hay que sumar los pedazos. Oírle hablar así nos parece un milagro, después de lo ocurrido. Nos lo explicamos al saber que se acerca el período de reconstrucción.

***** En la primera etapa de este período se suman los destrozados restos de nuestros bienes mutilados, que nos parecen pocos, pero son suficientes a juicio del práctico. Despojos de los muchos bienes del tiempo teórico, de los cuales sólo quedan los contados. El práctico los amontona, según sus inclinaciones comunes, y los suma para sacar el producto.

****** Sacado este producto, lo convierte en efecto. Y

******* Los hace efectivos, es decir, reales de verdad, con ánimo de sacar de ellos los cuartos que necesita y nos prometió. Para lo cual los confirma, cambiándoles de nombre. Verdadera comunización de los bienes, tan consciente, que por ellos son conocidos en la práctica.

III. Y viene ahora un período maravilloso: el racional de la revolución de verdad, período que parece milagroso. El de la multiplicación de los bienes. En el cual, la comunización consciente se perfecciona y se hace conveniente para todos, puesto que va a ser racional, como lo somos nosotros. Todo ello mediante complicados manejos y complejas operaciones, que multiplican el producto, aumentando el efecto conseguido anteriormente.

***** La primera multiplicación es la del producto que sacamos de la suma y convertimos en efecto, mediante dos palabras cabalísticas: Trabajo y capital, causas y sustento de aquel efecto, con nueva perturbación del orden natural, que pone la causa antes del efecto, mien-

tras el sustento viene después que éste se ha producido, como ocurre en realidad.

****** Por esa multiplicación lo racionaliza todo; y saca un producto mucho mayor. Cosa que a todos nos conviene; efecto admirable y sorprendente a no poder más.

******* Con todo lo cual consigue el fin que persigue el práctico, o sea, el mayor bienestar posible en la práctica, que es lo que se trataba de demostrar; un bienestar que proporcione los materiales necesarios para edificarlo materialmente.

C) *La tercera jornada.*

Comunizados los bienes, y perturbado el orden natural desde hace tiempo, hay que poner las cosas en orden, para que la revolución toque a su fin. Este es el cometido de la tercera jornada; la jornada reconstructora. Veamos sus períodos:

I. Restauración del orden perturbado, o sea reposición del natural, según el práctico. Recogida de las partidas sueltas, para que no nos sigan perturbando ni operando por su cuenta. Esta recogida se efectúa unas veces por la fuerza, rompiéndoles el bautismo y bautizándolos de nuevo, y otras liquidándolas de diversas maneras. Con ello se crean las condiciones necesarias para introducir un nuevo orden.

II. Restablecimiento de la disciplina, para lo cual se someten los bienes restantes a una nueva disciplina, restableciendo entre ellos relaciones de jerarquía, coordinación y subordinación al fin común; que en este caso es descubrir los cuatro cuartos que nos faltan y nos son necesarios para conseguir el máximo bienestar posible en este mundo.

III. Tras de lo cual se introduce el nuevo orden ya anunciado, orden menos perfecto que el teórico, pero más práctico a juicio de éste. Un nuevo orden en que entran todos los bienes comunes, pero con una nueva escala; porque en vez de descender de alto a bajo, como hace el teórico y el lógico, se asciende de abajo arriba, que es más racional; porque racional es partir de lo real.

La revolución en conjunto.

La revolución del práctico es integral; esto es, común a todos los bienes teóricos y a su teoría; de carácter irracional, es decir, egoísta, en cuanto no se encamina al bien común o de todos, sino al particular

de quienes la hacen. Es puramente animal. Además de egoísta, instintiva. Repasemos su historia. Esta historia que te cuento, lector, no es un cuento, es historia que hemos vivido hace poco.

Es la revolución del ABC, y el ABC de todas las revoluciones en la práctica. ABC es una sigla formada con las iniciales de los caracteres que inevitablemente concurren en todas las revoluciones de esta especie.

Dichos caracteres son:

Con la A: atea, acéfala y analfabeta; con la B: bárbara, brutal y bestial; con la C: comunizante, comunizadora y, por fin, comunista en toda su extensión.

La A.—Atea: por la falta de creencias; creencia en el divino orden natural, impuesto por Dios a todas las cosas creadas; y en la necesidad de obedecer la Ley eterna que nos manda conservarlo y no perturbarlo. En rigor, esta revolución no necesita ser atea en teoría, pero lo es en la práctica. En cuanto niega ese orden, niega la existencia de Dios. Aunque sea comunista, pudiera no ser atea. Comunista es la familia; y comunistas las órdenes religiosas que viven en comunidad, a imitación de los primeros cristianos. Todas, por lo general, creen en Dios. El revolucionario práctico no necesita negarlo. Pero como niega el orden impuesto por Dios a las cosas y la obediencia a la ley eterna, síguese la otra negativa lógicamente. El práctico y todos los hombres prácticos, para hacer su revolución pueden admitir o rechazar la existencia de Dios según su credo, porque las creencias son libres. Pero en la práctica, la religión es secundaria a los efectos revolucionarios y carece de trascendencia práctica, porque no se trata de una revolución del otro mundo, sino confinada de tejas abajo. El práctico se excede y necesita negar la existencia de Dios para desobedecerle. Esto es lo ESENCIAL.

Acéfala, por falta de cabeza. Las de los bienes fueron cortadas, y entre sus autores no hay cabeza, sino «cabecillas». Esto es lo REAL.

Analfabeta es el verdadero significado de esta A. Es analfabeta por varias razones: por la falta de ilustración de los cabecillas; porque su autor no pasa de las primeras letras, ni sabe escribir sino palotes y palotadas, ni hacer otras cuentas que las ordinarias: sumar, restar y multiplicar, sin llegar a dividir, porque esto no sería práctico, a su vez; y todo con perturbación del orden por razón de congruencia; perturbación inevitable, dada la naturaleza irracional de sus autores.

La B.—La B de esta revolución no significa buena o beneficiosa. Prácticamente ha de ser mala y perjudicial por ser contra naturaleza,

que nada hace a saltos o por revoluciones, sino gradualmente, o sea, por evolución. Aquí significa bárbara, brutal y bestial; una revolución de la ignorancia, hecha por la fuerza bruta e irracional.

Bárbara por la simplicidad de sus raciocinios, todos ellos silogismos en *bárbara*. Brutal por sus procedimientos. Y bestial por sus resultados, que son los de la fuerza, guiada por el instinto, como las bestias.

La C.—La C no significa consciente y conveniente, sino comunizante, comunizadora de los bienes, y por fin, comunista. Es comunizante por la pasión común que la inspira, la codicia para adquirir los bienes y la avaricia para conservarlos; pasiones que no deben confundirse con el amor al bienestar, porque éste es racional y se limita a lo posible.

Es comunizadora de los bienes teóricos, por los nombres comunes que les da, y porque a medida que baja su nivel los va haciendo más comunes hasta ponerlos a ras de tierra y convertirlos en materiales. Pero comunizadora hasta cierto punto, o sea, con relación a los bienes apropiados nominalmente, que vienen a constituir el patrimonio de los apropiantes.

Es comunista, al fin; y todo cuanto es queda dicho con esa sola palabra.

* * *

Por mi cuenta le añadiría otras dos letras. La D y la E.

Por la D es desatinada, descabellada y degradante. Desatinada en cuanto carece de tino para conseguir el fin propuesto. Descabellada en cuanto prescinde de las cabezas. Es revolución que el práctico realiza en cuanto tiene ocasión, y la ocasión la pintan calva. Degradante para el hombre, porque lo trata irracionalmente, como si fuera un animal.

Por la E se califica, desde el punto de vista moral, como envilecedora del hombre. Por muchas razones, de las cuales son tres las principales.

1.º Por el sentido materialista que la impregna e impregna todo lo práctico; el cual se transmite a todas sus manifestaciones. Sentido materialista que es el mal sentido que toman todas las cosas en la práctica. Porque en la práctica todo tiene sentido material; todo es materia, a despecho de las más puras teorías metafísicas. Para el práctico, todo en este mundo es materia; las cosas son materiales; los bienes, materiales para edificar.

2.º Porque la materia se corrompe inevitablemente. Prácticamen-

te en el fondo de su pensamiento, en lo más íntimo de su ser, para el práctico todo deja escapar un olorcillo a corrompido, el husmillo terrestre que acompaña a todo animal. Tufillo repulsivo que a medida que la revolución progresa y va tocando a su fin, se convierte en tufo que apesta, hasta llegar a ser un hedor repulsivo que denuncia la corrupción de la materia.

3.º Por ser corruptora. Porque la materia corrompida es corruptora también y corrompe a los hombres. De ahí que los hombres comunes, sin otro sentido que el práctico, sean los más terrestres, esto es, los más apegados al terruño, los más bajos de los hombres; los que se contentan con vivir en la tierra y no levantan jamás sus ojos al cielo; animales de la vista baja, cerdos. Hombres que nunca ponen su vista en lo alto ni creen en un más allá de esta vida terrestre y corporal.

El nuevo orden.—A los bienes obtenidos con tan violentas operaciones y transformaciones les pone el práctico nuevos nombres menos teóricos y más prácticos, porque nos dicen lo que cada cual es en la práctica según lo que hace; e introduce un orden, más práctica a su parecer, porque nos revelan de donde vienen y a donde van. Convenimos en ello porque para el práctico todos los hombres somos iguales; y aunque lo somos en realidad, no lo somos en verdad, porque en verdad todavía hay clases; no todos somos prácticos. Ya hablaremos a su tiempo y lo demostraremos.

Este nuevo orden es el siguiente: 1.º El trabajo, que es lo esencial desde el punto de vista práctico. 2.º El capital, que es lo real. 3.º La riqueza, que es lo verdadero. 4.º La salud, que es lo efectivo; y 5.º La paz, que es lo moral.

Este es el orden natural de dichos medios, desde el punto de vista práctico en que a todos conviene, a todos los hombres de sentido común. Pero hay que explicarlo. El práctico, corto de luces y escaso de cultura, no da explicaciones. Las dará por el práctico el sentido común, que hablará por boca del práctico; nunca se habrá dicho con más propiedad «hablar por boca de ganso».

1.º EL TRABAJO.—Es la causa eficiente de todo lo bueno en este mundo, o sea, para los hombres en esta vida. Es el primero de los medios efectivos; el eficiente, o sea, la razón suficiente del bienestar existente. Trabajo es el esfuerzo realizado materialmente por el hombre con un fin racional dado por Dios, para que aprovechando la gran oportunidad de haber venido a la Tierra, complete su misión y consiga su fin. Y juntamente con esa gran oportunidad, las innumera-

bles oportunidades menores que les ofrece la Tierra en tal sentido. Para lo cual hay que trabajar poniendo el alma en el trabajo. Por alma entiende el práctico, no la sustancia espiritual que nos anima, sino el cerebro, y entiende que ausente el cerebro, el trabajo es infecundo.

El trabajo es el primero de los medios efectivos que nos faltan; el primero de los cuatro cuartos de que carecíamos en teoría. Sin trabajo no puede existir la riqueza, y sin riqueza no es posible el bienestar en este mundo materializado.

La lista de los bienes no comienza en este orden, que es el práctico, por la paz, sino con trabajo. La paz es una tregua que se aprovecha para trabajar y allegar los posibles; así se cumple con la ley común: «comerás el pan con el sudor de tu frente», como Dios nos ha dicho; es decir, comerás el pan después de trabajar, que te hará sudar.

Al trabajo no lo suprime el práctico, porque es lo suyo, y como suyo, esencial para él. Lo que hace es declararlo voluntario y libre, suprimiéndole el carácter de forzoso, como lo es en realidad naturalmente.

2.º EL CAPITAL.—El trabajo es insuficiente para conseguir el bienestar. Es, por sí solo, inoperante. Hay que hacerlo eficaz. Y para ello asociarlo al capital, que es el efectivo eficaz. La asociación del trabajo y el capital es la que tiene la virtud común, o eficacia, para darnos la riqueza necesaria con que conseguir el bienestar posible aquí.

Por capital entiende el práctico, y así se entiende en la práctica, todo lo que puede darnos una renta sin trabajo. Este es el sentido que se la da por lo común y el que tuvo en la antigüedad, desde cuyo tiempo se mantiene ese concepto en el juicio vulgar. Así entendido, capital es la propiedad de la tierra y de los hombres esclavizados. El trabajo es el alma, o el corazón, de todo en este mundo; el capital es la cabeza. El trabajo sin capital, es decir, sin cabeza, es infructuoso. El trabajo le da el ser a la riqueza; el capital le da la existencia. El trabajo es lo primero, el capital lo principal, en este cuerpo de bienes nuevamente ordenado según las exigencias del práctico.

Este capital está formado con parte de los reales supuestos en el orden natural (la propiedad de la Tierra) que el práctico sustrajo en la primera jornada de su revolución; que ahora salen a relucir, salvo los disipados durante las otras jornadas. Es, pues, el capital, a juicio del práctico, producto de los ahorros del trabajo, que se ha sacado

de la cabeza; esta cabeza le comunica al eficiente trabajo, la virtud común, o sea, la eficacia, necesaria para conseguir el fin propuesto.

3.° LA RIQUEZA.—Para el práctico el verdadero medio para conseguir en este mundo el bienestar posible es la riqueza. Por riqueza entiende el práctico la abundancia de medios materiales. Esta es la harina que nos asegura el pan nuestro de cada día.

Así entendida, la riqueza es la abundancia de pan. Pan es todo lo que necesitamos para vivir bien en este mundo, o por lo menos lo mejor posible hasta conseguir el fin. Y puesto que es todo y para todo, ha de ser pan en abundancia. El pan es el sustento del hombre. El medio de sustentación. Sin sustento nada es posible para el hombre en la Tierra; porque si no se sustenta fenece. Sustentarse hace posible todo lo demás. Todo ha de ser sustentado en la Tierra. Hasta los vicios. Por el sustento se vive. El modo de sustentarse es consumir pan. El pan es un medio de vida. Si el hombre carece de pan se muere, y con la muerte acaba todo para él. El pan es, pues, medio común de vida; ganarse el pan es ganarse la vida. Este medio de vida, el pan, puesto que es todo, contiene todos los medios de vida, para todas las vidas posibles. Un medio sustantivo, representativo de todos los demás medios. Pedimos el pan nuestro de cada día; siendo de cada día, es de todos los días pan fresco, agradable de comer. El pan es necesario para todos; puesto que nos da la vida. Dánosle hoy, añadimos, porque lo necesitamos. Hoy, sin esperar a más, porque somos como hambrientas avechicas. El pan es todo. Y puesto que es todo, también es Dios. Pero un Dios natural, que vive en la Tierra; un Dios común. Una representación de todo lo natural. Un Dios que trae al mundo de cabeza. No es el Dios que está por cima de todo, sino el Dios que es todo, la naturaleza. No el Dios grande, que es único, sino el Dios chico, hijo del trabajo humano y de la Tierra, del que sale la harina de que se fabrica el pan.

La riqueza es el verdadero medio común para conseguir el bienestar posible. Pero desde el punto de vista práctico se trata de la riqueza efectiva, que es la material. Suprimido lo esencial, que es la paz, nos queda como medio posible la riqueza. A riqueza se reducen, pues, en la práctica, todos los medios posibles para conseguir el bienestar. Prácticamente todo se consigue con riqueza material, y a obtenerla consagran los hombres comunes, prácticamente, todo su afán. Pero la riqueza material es un producto, un efecto que ha de tener sus causas. La esencial es el trabajo humano, el efectivo eficiente; la real, el capital eficaz. El trabajo y el capital nos dan como *producto*

la riqueza, que es su *efecto* primero. La riqueza efectiva, que es la material, es, pues, todo lo que necesitamos para vivir bien en este mundo, o por lo menos lo mejor posible, esto es, para conseguir todo el bienestar posible aquí. Nos lo dice el instinto que inspira al práctico. Estos medios materiales, en la suficiente abundancia, nos son necesarios para darnos las verdaderas riquezas, las personales, lo cual constituye un mayor efecto, una multiplicación de nuestros bienes, o sea, la robustez, la cultura y la virtud, como vamos a ver.

a) *La robustez*.—Prácticamente es la abundancia de fuerzas corporales; producto y objeto de la nutrición sana y suficiente, lo cual es imposible sin disponer de medios materiales, útil para ganarse la vida con el menor trabajo posible.

b) *La cultura*.—Es la técnica que consiste en saber como deben hacerse las cosas para que salgan bien, o sea, para trabajar con acierto y ganarse la vida con mayor facilidad, o sea, con el menor trabajo posible. Lo cual es producto y efecto de la instrucción recibida; imposible sin medios materiales para ello.

Con los medios materiales se cultiva el entendimiento. Es una manifestación más de nuestra servidumbre a lo material, en la práctica. La Humanidad ha creado la cultura, no por amor a la verdad, como sostienen los teóricos, sino por amor al pan. El amor a la verdad vino después, es la creación de una cultura refinada. La cultura fué ante todo un medio para la conquista del pan. Que es el fin que la mayoría de los hombres persiguen en la práctica al cultivar su espíritu. Este fin requiere la instrucción para ilustrarse. El puro amor a la verdad es propio de los hombres excepcionales, no de los comunes. El amor a la verdad sobreviene cuando están cubiertas todas las necesidades primordiales y perentorias, que son urgentes. En teoría se ama a la cultura por afán de conocer la verdad. En la práctica se pospone el afán de verdad a lo positivo, que es lo práctico.

«Las primeras letras—escribe Guyau—se han escrito con un tallo de trigo.» En la práctica lo que se quiere y requiere es ganarse el pan con menos trabajo, o sea, con más comodidad y holgura. De la cultura se hace un útil, una herramienta para ganarse el pan material, que es ganarse la vida. La historia de la cultura es testigo y nos lo cuenta. Es la instrucción la que nos da la cultura necesaria para ganarse el pan con mayor facilidad. Y la instrucción requiere el uso de medios materiales.

c) *La virtud*.—En la práctica, es el hábito de obrar siempre bien; habilidad adquirida que nos permite hacerlo siempre bien o lo

mejor posible. El hombre que en cualquier actividad tiene esa habilidad, es, prácticamente, un virtuoso de esa profesión. Producto y efecto de la educación recibida. Mas para educarse se necesita también el empleo de medios materiales. Hacerlo siempre bien es acertar. La habilidad conduce al acierto en la ejecución. Útil para ganarse la vida con mayor facilidad.

Técnica y habilidad, aunque correlativas, son distintas. Se puede poseer la técnica y ser inhábil al aplicarla. La técnica se refiere al saber, es saber como se deben ejecutar las cosas; la habilidad se refiere al obrar. Una nos dice como se deben ejecutar las cosas; otra nos sirve para ejecutarlas bien. La técnica nos da la aptitud verdadera; la habilidad, la efectiva. Esta es la necesaria en la práctica para acertar.

4.º *La salud*.—Para el práctico es el complemento y la perfección de los bienes de fortuna. Porque la salud es la situación del hombre que permite aprovecharlos. Así la salud es la mayor riqueza del hombre, a juicio del práctico. Mientras haya salud, habrá vida de que gozar. La salud es necesaria para gozar de todas las riquezas proporcionadas por el trabajo y el capital.

La salud, prácticamente, es el buen funcionamiento corporal, o sea, la realización satisfactoria de todas las funciones corporales. La salud del práctico es, pues la fisiológica. De la cual se seguirán, lógicamente, las demás especies de salud.

Tener salud es *portarse bien*. Producto y efecto de la higiene practicada; imposible sin medios materiales. La salud perfecta nos da la euforia, o sea, «la facilidad para resistir una enfermedad o los fenómenos molestos de la misma, por ser normal el funcionamiento del organismo o por el estado normal de las funciones orgánicas» (Dicc.).

El práctico combina la salud con la riqueza, que le es necesaria para existir. Para acabar de perturbar el orden, pone la salud delante de la riqueza. Y así forja esta fórmula «Salud y pesetas»; con lo que a su juicio tiene bastante para conseguir el bienestar.

5.º *La paz*.—De la paz ni hablar. La paz que en teoría era lo esencial y estaba al principio, el práctico la pone a la cola y la deja para el final. Porque la paz no es posible en la Tierra mientras en ella se viva. No hablemos de la paz, nos dice el práctico. Este no la conoce. La vida es lucha. La tregua que concertamos es sólo para reponer las fuerzas y volver a luchar. En la vida todo descanso es provisional. Del definitivo no conviene hablar. Ese vendrá al fin, hagamos lo que queramos por impedirlo. Viene con la muerte. Sólo en-

tonces descansaremos definitivamente y descansaremos en paz, para siempre.

Del cimiento sabe aún menos el práctico. El cimiento es la roca sobre la cual levantaremos el edificio de nuestro bienestar, desafiando al tiempo y para toda la eternidad. Mas para llegar al cimiento hay que ahondar mucho. ¿Qué puede saber de eso el práctico, que siempre se queda a flor de tierra y nunca pasa de lo superficial? El cimiento se encuentra en la más profunda verdad. Sobre esta verdad se levantará el bienestar, para ser inexpugnable. En ella reposará el edificio levantado por nuestra fantasía. Sin ese cimiento, nuestra teoría del bienestar será como un castillo en el aire, que el menor soplo de viento derrumbará. Este cimiento dará a la teoría y a nuestro bienestar su máxima perfección.

EL FRACASO DE LA REVOLUCIÓN.

La revolución del práctico ha fracasado. Por varias razones, a saber:

1.^a Porque comuniza los bienes sin comunizar los males. Disfrutar en común todos los bienes sin participar de los males no es posible en este mundo, ni tendría sentido común, dada la naturaleza humana. La comunidad de bienes sólo es posible en moral, porque en moral todo se embellece y perfecciona a la medida de nuestro deseo y por amor al bien.

2.^a Porque la comunización de los bienes nunca fué efectiva, sino nominal.

3.^a Porque el orden introducido tiene muchos fallos. El práctico da a todos ellos un tufillo material, conforme al instinto animal que le guía, pero que repugna al ser el hombre racional. Toda la riqueza se reduce a pan; y no sólo de pan vive el hombre; también vive de ilusiones, que el práctico ha disipado. En la revolución faltan distinciones y sobran confusiones. Se mezclan y barajan bienes de distinta naturaleza; la riqueza, que es real, y la salud, que es moral. Y se omite la paz, que es esencial.

4.^a Fracasa, efectivamente, porque sólo nos da dos cuartos en vez de los cuatro que nos prometió y que necesitamos en la práctica para conseguir el bienestar. Trabajo y capital son dos medios efectivos, pero sólo la mitad de los necesarios. Son el eficiente y el eficaz, pero nos falta el auténtico y el fundamental. No hablemos del definitivo, puesto que en esta vida todo es provisional. El práctico lo da por

supuesto para el final. Y del cimiento, ni hablar; el práctico lo ignora, no quiere mencionarlo.

El práctico nos ha engañado, sin culpa por su parte, porque se engañó a sí mismo. Creyó abarcarlo todo, pero ignora mucho; se le escapa siempre lo esencial y lo moral; o sea, lo primero y lo final. Es que eso está fuera de la realidad, y no cae bajo la jurisdicción del sentido común, sino del metafísico y del moral.

B) LA OPINIÓN DEL ESPECULATIVO.—En posesión ya del eficiente y del eficaz, o sea, del trabajo y el capital, acudimos al segundo agente del sentido común, al especulativo. Que es un intelectual de sentido lógico y de estilo asertórico, apodíctico, dogmático y categórico; en menos palabras, un profesional, científico y económico, un economista que necesitamos para confirmar y completar los hallazgos del práctico.

El sentido especulativo es parte del común, y del cual procede y parte, como el práctico. Pero se eleva más que éste; y se aparta de la realidad. El práctico le pone en camino. El especulativo está más ilustrado y es más capaz de comprensión. El práctico es instintivo; el intelectual es consciente; sabe más que el práctico, no se fía del instinto sólo; acude a la lógica, que es la forma o manera de operar el entendimiento. De cuanto sabe extrae la esencia; se abstrae y se hunde en las abstracciones por él ideadas.

Le consultamos diciendo: «Para conseguir todo el bienestar posible en este mundo necesitamos cuatro cuartos efectivos, según nos dice el sentido común. El práctico nos ha dado dos: el eficiente y el eficaz, o sea, el trabajo y el capital. No ha podido darnos más. Pero necesitamos otros dos: el auténtico y el fundamental. No queremos quedarnos sin ellos a mitad del camino. ¿Es que usted, como intelectual, nos los puede dar?»

A lo cual añadimos para mayor claridad: «El más inmediato efectivo es el auténtico. ¿Cuál es y dónde está ese misterioso efectivo auténtico que el práctico no nos pudo dar y que no encontramos en ninguna parte, a pesar de la mucha falta que nos hace? ¿Dónde se esconde? Aunque misterioso, debe ser bien conocido. Sus señas son mortales. Es un señor poderoso, puesto que, al parecer, todo lo puede; generoso, puesto que nos da todo lo que tiene, si contamos con su buena voluntad; pero avaro al propio tiempo, puesto que si se va de nuestro lado todos nos lo quita y se lo lleva a donde va. Codicioso, porque todo lo quiere para él, y vanidoso, puesto que no quiere que nadie valga más. Gran personaje cuando aparece y un villano cuando

desaparece. Este poderoso caballero, que tanta falta nos hace, ¿quién es?»

El profesional que es sabio, medita, reflexiona, registra sus libros, y se remonta a la causa primera de todo lo humano en esta vida: el deseo, primera manifestación de todo ser viviente en este mundo. Y con esa prodigalidad teórica, propia de los hombres de ciencia, nos da cuatro por uno, y nos daría ciento por uno, como San Bruno, si no fuera economista y no estuviera sujeto a la Economía. Y a cada una de sus propuestas, las acompaña de sendas prolijas explicaciones para justificarlas. Las propuestas son:

1.ª El deseo de bienes, principio de toda acción para allegarlos. Quienes nada desean, añade, son los muertos. Sin deseo no puede haber satisfacción, esencia de todo bien. Sin bien no puede haber bienes. Luego el deseo de adquirir bienes es el principio auténtico del bienestar. Porque el deseo implica el descontento con la situación actual; y la aspiración a un estado mejor; y mejor que mejor, bien; es decir, al bienestar auténtico. El hombre es, en principio, un puro animal; pero un animal descontento, que desea mejorar; lo cual le impulsa a progresar. Por eso ha salido de las cavernas que habitó al principio; salió de las cavernas en busca del bienestar. El deseo le mueve ahora como entonces. Este deseo es el efectivo auténtico. No hay que hablar más.

...Pero no nos convence. El deseo, indicio de descontento, es infinito y el descontento también. Arder en deseos sin esperanza de satisfacción, es vivir en un infierno. El eterno descontento es incompatible con el bienestar. No puede conseguirlo quien no goza de bien alguno. Luego no es el medio auténtico para hacer efectivo el posible aquí.

2.ª La acción. Acción es forma de movimiento. Sin acción no es posible conseguir el bienestar posible. Evidente. Pero la acción es sólo un principio. El principio de la actividad. La realidad de la acción es el esfuerzo; éste es su manifestación, sin la cual no es posible conseguir la satisfacción. El esfuerzo es condición del bienestar, imposible de lograr en este mundo sin realizar algún esfuerzo. El esfuerzo es el principio creador de la civilización. Todo nuestro bienestar es fruto de ese esfuerzo creador.

...Pero tampoco nos convence. El esfuerzo es un abstracto; es un concepto metafísico. El esfuerzo, en realidad, es el trabajo y éste ya lo conocemos y sabemos lo que es, porque nos lo dijo el prác-

tico. Es el medio esencial, el eficiente, el primero de los efectivos; pero no el auténtico.

3.ª El fruto del esfuerzo, o sea, su recompensa. Qué es la riqueza, componente medio del bienestar, necesario para conseguirlo. El fruto del esfuerzo o riqueza, ahorrado, es el capital, que es el medio eficaz para conseguir la riqueza y con ella el bienestar. El capital hace eficaz el trabajo y tiene la virtud común de la eficacia en relación con el bienestar, puesto que sale de otra virtud, la abstención del consumo, o sea, el ascetismo voluntario.

...Pero con este factor ya contamos. Nos lo dió el práctico. Es el efecto del trabajo y el capital, pero no el efectivo auténtico.

4.ª Mediante un esfuerzo de concentración especulativa, el intelectual profesional logra una abstracción, y exclama: «*Eureka*, ya lo tengo: el dinero.»

...La elección no es dudosa. Con el trabajo y el capital necesarios ya contamos, por obra del práctico, y con su fruto, la riqueza, que es verdadero medio del bienestar. El dinero es el efectivo auténtico con poder bastante para darnos el bienestar que buscamos, el positivo. Este es en efecto el auténtico efectivo. Es una forma de la riqueza, una presentación de su valor; un medio positivo que nos dará el bienestar deseado por lo común, que es el material. Todo el problema de los cuartos necesarios se reduce, pues, a una sola palabra: dinero; una forma especulativa del capital, en su acepción común; forma pura y exenta de toda contaminación.

Todo el mundo lo sabía; lo saben cuantos viven en el mundo real. Todos menos el teórico, que no vive en la realidad ni se acuerda de ella, por carecer de sentido común, que es el sentido adecuado a esta realidad. Hace siglos se escribió esta letrilla: «Poderoso caballero es Don Dinero...», y más antigua que la letrilla de Góngora es esta frase del Eclesiastés: «*Pecunia obediunt omnia*» (c. 19). Pero el sentido común, cauteloso, se lo calla; el práctico, codicioso, se lo guarda; el especulativo, que no sabe callar ni guardar, lo enseña y, además, lo razona. Da en su apoyo razones de toda categoría, supliendo el silencio del práctico que, por instinto, calla y no las da porque no sabe, no quiere o no puede. Aunque, teniendo el dinero, no hacen falta las razones.

Estas son de cinco especies naturales: esenciales, reales, verdaderas, efectivas y morales.

1.º *Las esenciales*.—Las razones esenciales se refieren a la paz que, teóricamente, es lo esencial. Es indiscutible—dice—que la paz,

en todos los órdenes, proviene lógicamente del orden, concierto y armonía entre los hombres. Sus contrarios hacen imposible la paz. De toda evidencia. Luego aquéllos son absolutamente necesarios. Pero la armonía ¿de qué? Puesto que las cosas pueden ser materiales, espirituales y morales, para conservar el orden natural, como nos está mandado por la ley eterna, hay que armonizar en primer término las cosas materiales; después vendrá lo demás. Los intereses materiales es lo primero que interesa a los hombres comunes. Así, lo primero para la paz es la armonía de los intereses materiales de los hombres. Esta es la gran verdad que nos descubren estos agentes del sentido común: el práctico y el especulativo o científico; la armonía de los intereses materiales es el fundamento de la paz.

Porque esa armonía despierta la simpatía entre los hombres; establece su concordia; anuda su amistad; fortifica su hermandad, y forja su fraternidad, que es la paz perfecta, la más perfecta posible entre los hombres. Es el interés material común el que conduce a la paz; y la armonía de los demás intereses humanos la va perfeccionando hasta fraguar la fraternidad.

Pero si esa armonía se rompe o se perturba, si los intereses materiales respectivos pugnan, su antagonismo despierta entre los hombres la antipatía; sobrevienen las discordias, se desatan las enemistades, estallan las hostilidades y se encienden las luchas fratricidas. En esa hoguera perece la paz, abrasada, por serle imposible permanecer en la Tierra. Eso es categórico.

Así nos lo enseña la historia y lo ratifica la vida diaria. La desarmonía de los intereses materiales promueve las discordias entre los hombres. Las familias más unidas se desunen y rompen sus vínculos afectivos cuando surgen los antagonismos entre los intereses materiales de sus miembros. Entra en ellas la cizaña. Aparecen las enemistades. Pelean los padres con los hijos, los maridos con sus mujeres, los hermanos con sus hermanos.

Y lo mismo ocurre en la Sociedad. Los hombres se agrupan según la afinidad de sus intereses materiales y se contraponen por la oposición de éstos. Y entre los pueblos. Las guerras internacionales son, en definitiva, cuestiones de intereses materiales; en ellas se ventilan cuestiones de esta especie bajo las más diversas apariencias; pero ésa es su realidad.

La paz se asienta sobre la armonía de los intereses materiales. Y como éstos, abstractamente, están representados por el dinero, en definitiva, lo que divide a los hombres o los armoniza es el dinero.

La paz se asienta sobre la armonía del dinero entre los hombres. Así lo afirma la ciencia, y la experiencia nos enseña que lo más difícil de arreglar son las cuestiones de dinero.

2.º *Las reales*.—Se refieren a la riqueza. El dinero es la base de la riqueza en su más amplio sentido. El dinero hace ricos a los hombres. Imposible ser rico si se carece de dinero. El dinero nos asegura el pan nuestro de cada día que nosotros pedimos a Dios, y el pan es todo; todos los medios necesarios para alimentarnos, instruirnos y educarnos, todos materiales, los cuales nos darán la robustez, la cultura y la virtud, y en definitiva, la salud y la paz por añadidura. Sin dinero no se come. Y el que no come se muere. La verdadera riqueza es imposible de alcanzar sin la riqueza efectiva, que es la material, el dinero. Sin dinero, sólo esperan al hombre la flaqueza, la ignorancia y el vicio, aspectos de la miseria, y al cabo, la enfermedad y la muerte, salvo milagro divino, posible pero no probable. Lo cual está en el orden; no verlo es estar ciegos; pensar otra cosa es irracional. Ya la filosofía vulgar dice: «Los duelos con pan son menos.»

3.º *Las verdaderas*.—Las verdaderas se refieren a la salud. Que es el verdadero bien del hombre común y sin la cual imposible el bienestar. No hay salud que resista la falta de dinero. Porque la salud es producto de la higiene, y la higiene es imposible sin dinero.

Y no se diga que la higiene se refiere solamente al cuerpo y que la salud abarca más. Sin cuerpo sano no hay mente sana. Y con la mente insana no es posible la salud moral. No es posible la salud en hombres flacos, ignorantes y viciosos. La salud es imposible en hombres hambrientos, bárbaros y salvajes.

4.º *Las efectivas*.—Vengamos a la práctica y hagamos la prueba. Por ella veremos que el dinero es necesario para todo en este mundo. El dinero lo sustenta todo en este mundo, hasta la virtud, que sin dinero no puede mostrarse. Es lástima que así ocurra; pero así es. Este es un mundo materializado. Sin dinero no se va a ninguna parte. Lo único que sin dinero puede hacerse es morir de repente.

Pícaro mundo y pícaro dinero. Tan pícaro, que siendo despreciable, todos lo queremos, a punto de no poder pasarnos sin él. Si un buen padre de familia quiere cumplir sus deberes, necesitará el dinero para criar a sus hijos, esto es, para mantenerlos, instruirlos y educarlos. Y para sustentar su hogar. El dinero es lo sustantivo, en toda la extensión de la palabra; sustantivo para todo, incluso la comunidad humana. Sin dinero todo se derrumba, por falta de medios para sustentarlo: los edificios y las resoluciones, los ánimos y las volun-

tades. Todo viene al suelo, que es la tierra. Ganar dinero es ganarse la vida, porque es ganarse el pan. Para todo es necesario ganar dinero; como Dios manda, si es posible, y si no es posible, en la práctica se procura ganarlo como sea, apremiados por la necesidad.

5.° *Las morales.*—Las morales son las últimas, pero las superiores, las más perfectas. Véanse:

a) Este no es un criterio materialista o positivista, como dicen muchos que reflexionan poco. No es una interpretación materialista de la Historia de los hombres que han vivido y viven en este mundo. Es un criterio natural, esto es, lógico y racional. Si el dinero nos proporciona el sustento, ésta es la base de toda la teoría del bienestar. Por ser el efectivo auténtico, sin dinero nada será efectivo; no lo será el bienestar, y todo lo demás será imposible. El dinero es la base de todo bien posible en este mundo; sin dinero no hay posibles. Sólo a base de dinero se podrán conseguir los posibles en este mundo.

b) Ciertamente que el dinero no es el bien más noble; antes, al contrario, es *vil metal*. Los bienes más nobles pertenecen al orden moral. El más elevado, el que con más afán perseguimos es la salvación, y para ponerse en camino, la virtud, y la santidad, que es su perfección. Pero la virtud no puede conseguirse sin dinero. Este es el medio de hacerla efectiva, puesto que es el efectivo auténtico. Sin el cual no es posible sustentar nada. Las prendas morales son propiedad del alma; pero el alma está encerrada en el cuerpo, es su prisionera, y a las necesidades del cuerpo hay que atenderlas. A ellas no puede sustraerse nada ni nadie: ni los genios, ni los sabios, ni los santos, mientras vivan en la Tierra. Porque tienen que sustentarse corporalmente, y para ello necesitan dinero. Todos debemos mirarnos en ese ejemplo y comprender que se trata de una necesidad común. Sin dinero, ¿cómo hacer el bien?, ¿cómo ejercer la caridad?

c) Esa es la triste realidad. En este mísero mundo, en esta oscura cárcel que habitamos, aun lo más noble está aprisionado por la inmundicia materia. Para todo necesitamos dinero. Las más puras intenciones, los más levantados designios, los más nobles propósitos fracasan si falta el dinero necesario. Sin dinero no se puede vivir en este mundo, ni bien ni mal, y no es posible conseguir ninguna especie de bienestar. El dinero es lo fundamental para ello. Deploremos que sea así. Pero así lo ha dispuesto Dios. ¿Qué podemos hacer contra eso? Nada. Hay que conformarse con lo dispuesto por la divina Voluntad y repetir: «Hágase Su Voluntad.»

... Estamos convencidos. El dinero es el auténtico efectivo; la

base de todo. Pero otra nos queda dentro. El dinero ¿es lo fundamental? ¿Es lo definitivo? Nuestro buen sentido se rebela contra eso. El dinero no puede ser el árbitro del mundo, porque está muy mal repartido. Tiene que haber algo más profundo. Acudamos a un nuevo agente: el natural.

C) EL NATURAL.—Este agente es un hombre de buen sentido, un natural de esta Tierra, un terrícola solar. Que discurre con sano instinto y buena lógica, pero sin perder de vista la realidad ni desdeñar las lecciones de la experiencia. Un viejo curtido en las lides de este mundo, que no se deja engañar porque la experiencia le alecciona. Un racional que discurre, esto es, que raciocina y razona y reflexiona. Un poco sordo, puesto que tarda en enterarse. Pero no se conforma con lo dicho por los agentes anteriores. Un viejo que sabe mucho por los años que lleva en este mundo, porque sabido es que «el diablo sabe más por viejo que por diablo».

Le exponemos el caso y le preguntamos: «¿Hay algún sentido más perfecto que el práctico y el científico?»

A lo cual nos responde: «Sí; hay un sentido más completo que el práctico y el científico: es el racional, el sentido de la realidad. Más que la Ciencia sabe la experiencia, que es su madre.» Y añade:

1.º El dinero es el efectivo auténtico por consentimiento común. Pero el dinero no es lo fundamental ni lo definitivo. El dinero no basta para conseguir el bienestar. El dinero se da o se presta, pero en sí mismo es infecundo; el dinero no pare dinero ni interesa a las personas; lo que les interesan son las cosas que con dinero se pueden comprar. Para esto sirve; pero ni la paz ni la salud se compran con dinero, ni tampoco los bienes morales que nos aseguran el goce de la felicidad. Se puede ser un asno cargado de riquezas y ser infeliz; un asno flaco y cargado de ignorancia y de vicios. La fábula del asno cargado de riquezas no es un cuento, es una realidad. El dinero hace a los hombres ociosos, y la ociosidad es madre de todos los vicios; el vicio es la miseria moral.

2.º El dinero desempeña un falso papel en esta cuenta. Aunque sea legítimo, es falso por muchas razones. Porque sólo es un signo, una representación. Una pura apariencia. En realidad, lo representado por él es la riqueza común, la material, que es la sustantiva. Es una ilusión, como toda apariencia; una vanidad; la vanidad del dinero es cosa proverbial. Es nada entre dos platos. Lo comprado y lo vendido. Es falso por no ser bien en sí mismo, y puede ser un mal. Comúnmente no se le quiere por él, sino para hacerle correr.

salvo el caso de los avaros. Es, pues, un falso fundamento, porque el verdadero fundamento ha de ser firme, y el dinero, para valer, ha de ser corriente y circular de mano en mano, lo cual es incompatible con su papel en este asunto.

3.º El *verdadero* fundamento está por bajo del dinero; es lo fundamental para todo lo humano, sin ser lo definitivo. Es aquello de donde salimos y adonde, al fin, vamos a parar; lo que nos aguarda al final; lo que nos espera *paciente* hasta que demos el último paso que hemos de dar, irremisiblemente, en este mundo. Es algo que menospreciamos mientras vivimos; algo en lo que no se quiere pensar por lo común y que nos aguarda amorosa para recogernos en su seno a descansar; algo que nos espera sin inmutarse, la queramos o no, porque sabe que fatalmente acudiremos a ella y no faltaremos a la cita, porque daremos con ella cuando menos lo pensemos y en ella descansaremos en paz.

Este bien fundamental lo tenemos a los pies, sin darnos cuenta, porque no lo vemos; pero todos lo tenemos y pisoteamos. Lo amamos tanto como a nuestra madre, y juntamente lo despreciamos. Todos queremos tenerlo a nuestra disposición, pero no demasiado cerca, porque nos asfixiaría; del que partimos y al que habremos de volver por voluntad divina. Este bien fundamental es la Tierra, racionalmente pensando.

La Tierra es lo fundamental, pero no lo definitivo. Lo definitivo es algo que no sabemos lo que es, ni de dónde viene ni dónde va, pero que todos vemos venir y todos sabemos que vendrá. Algo que siempre debemos tener presente, aunque no lo podamos ni lo queramos ver. Tan irremediable, que es el habitual paradero de nuestras elucubraciones. Algo que nos aguarda impasible, seguro de que a su llamada no podremos faltar. Algo que estaba al principio y al fin de nuestra vida actual, que inútilmente trataremos de esquivar y cuya hora es la nuestra de acabar.

Algo que no podemos nombrar porque carece de nombre propio, ya que todo en él es común y usurpado a otra cosa mejor; algo que a todos repugna y que consideramos grosero y deleznable, puesto que todos ponemos los ojos en la verdad, la belleza y la bondad, perfecciones sumas sintetizadas en el Bien; algo que todo el mundo considera mal; algo que imprecamos, pero que permanece impasible; algo que nos espera con los brazos abiertos para redimirnos y liberarnos de nuestros males, y en los cuales caeremos al fin el día menos pensado; algo que se presentará de pronto a nuestra conciencia como

una intrusa; algo que nos lo puede quitar todo y darnos lo que nos falta, lo mejor y lo peor; algo que cuando nos amenaza nos hace temblar, pero en cuya presencia, acobardados, bajamos la cabeza y nos resignamos, ya que no podemos hacer otra cosa.

Porque el efectivo definitivo es la muerte, el fin común de los vivientes. Pero la muerte, que hace efectivo definitivamente todo lo humano, ¿es un bien o un mal? No lo sabemos a ciencia cierta. Como nadie la quiere, nos parece un mal. Bien pensado, tampoco es lo definitivo; en realidad, nada muere, todo vive; la muerte es el principio de una transformación. Pero al que se muere lo entierran. Y todo acabó para él en este mundo.

EL ORDEN NATURAL DE LOS EFECTIVOS

Ahora, ilustrados por el práctico, el especulativo y el natural, restablezcamos el orden natural de los medios efectivos necesarios para conseguir el bienestar posible en la Tierra, dejándolo determinado para siempre sin necesidad de nuevas revoluciones mentales, de las que ya estamos cansados. El natural devolvió la Tierra a su puesto y la situó en el lugar que le corresponde. Prescindiremos ahora de otra revolución que será gorda y bien sonada, la revolución moral, que hará el sentido moral cuando acudamos a él para que perfeccione nuestro bienestar.

El orden natural de los efectivos necesarios para conseguir el bienestar posible en la Tierra, según el sentido común y todos sus agentes, es el que sigue:

- 1.º El trabajo, eficiente, que es el esencial.
- 2.º La Tierra, fundamental, que es el real.
- 3.º El capital, eficaz, que es el verdadero.
- 4.º El dinero, que es el efectivo auténtico.
- 5.º La salud, que no es lo definitivo, pero sí lo complementario y que hace sus veces aquí.

VI

LOS MEDIOS MORALES.

Hasta ahora hemos puesto todos los medios comunes para conseguir el bienestar posible en la Tierra. Pero nos inquietan ciertas dudas. Nos preguntamos: ¿acaba todo en la Tierra? ¿Será la muerte lo definitivo? Al volver a la Tierra, según el dictamen del sentido natural, nos damos por vencidos, pero no por convencidos. Otra nos queda dentro. Los hombres quieren de veras todo su posible bienestar en la Tierra, que es el máximo, y ante la perspectiva de acabar enterrados, no se sienten satisfechos. Se rebelan contra ello. «Dios—dicen—no envió a sus hijos predilectos a la Tierra para que se quedasen en ella, sino para que en ella cumpliesen una misión trascendental.» La incertidumbre acerca de nuestro fin y de nuestro destino final acibara nuestros pensamientos y nos angustia terriblemente. El miedo a la muerte definitiva nos atormenta.

El bienestar conseguido hasta ahora deja mucho que desear. Es imperfecto a pesar de estar en posesión de todos los medios para hacerlo efectivo. ¿Qué nos falta? Nos falta el cimiento, la roca firme sobre la cual edificar nuestro bienestar posible con tal perfección y solidez, que pueda desafiar la perspectiva de la eternidad. Ese cimiento de roca, esa piedra incommovible, ¿quién nos lo puede dar? No el sentido común, ni sus agentes, sino un sentido más profundo y elevado a la vez, más íntimo y más universal; el mejor de los sentidos, el único que nos puede dar lo que necesitamos para ser completamente felices en este mundo: el sentido de la máxima perfección, el sentido moral.

A éste acudimos para confiarle nuestras cuitas e interrogarle: «¿Acaba todo en la Tierra? ¿Es la muerte lo definitivo? ¿No hay un más allá para nosotros? ¿No hay una vida ultraterrena para los hombres? Estamos aquí cumpliendo una misión; bien: esa misión es conseguir nuestra felicidad posible aquí y más allá. Esta misión ¿acaba al morir o prosigue después de la muerte hasta conseguir el fin? Nuestros pasos visibles ¿nos conducen a una meta invisible? Obreros de una gran obra cuyo plan ignoramos y cuyas dimensiones superan nuestra inteligencia, ¿nos será dado contemplarla algún día acabada o estaremos condenados a ignorarla siempre? ¿No habrá un premio para los buenos y un castigo para los malos obreros, esto es,

una divina justicia? ¿Será vano cuanto aquí hacemos? ¿No habrá una compensación para nuestros dolores y sufrimientos en este mundo? ¿Será nuestra vida «un cuento sin sentido», como dijo un poeta pesimista, Shakespeare? ¿Nos estará reservado el olvido eterno? Ese poder infinito, misterioso, inagotable, incomprensible, incógnito, que nos sacó de la nada, ¿nos volverá a ella? ¿No tiene otra función que crear y destruir formas por toda una eternidad? ¿Será nuestra vida y la de todos los seres creados una loca fantasía? ¿Seremos sólo un mal sueño de una divinidad remota e implacable? ¿Formas engañosas de una pesadilla?»

El sentido común, que es el natural, da a esas inquietantes preguntas una respuesta terrible: «Nuestro fin es pudrirnos en la Tierra para que nuestra sustancia siga su metamorfosis eterna.» El nos dice que todo acaba para el hombre en la Tierra, como sospechamos. Eso es lo real, porque nuestra mente no acierta a ver más allá. Pero el hombre, por ser racional, no se contenta con esa respuesta; quiere «más y mejor». No se resigna a volver a la Tierra definitivamente; quiere un bien mayor que no encontraría aquí si todo acabase en la Tierra; quiere un bien superior al terrestre y natural; quiere un bien sobrenatural, un bien absolutamente perfecto, un bien moral, el que mejor concuerda con su aspiración; por eso la Tierra es para el hombre que aspira al bien perfecto una morada provisional; es en la Tierra un ave de paso que posa sus pies en el suelo para tomar algún reposo y seguir caminando hacia mayores alturas; él está en la Tierra en tránsito.

La idea de verse encerrado en la Tierra le asfixia. Necesita salir de ella para respirar libremente. Quiere más amplios horizontes, más luminosos espacios; quiere volar hacia el sol, remontarse a regiones donde gozar de la felicidad con que sueña. La voz del sentido natural y el dictamen de la experiencia le llenan de angustia; le abruman porque defraudan su aspiración, no sacian sus deseos de vivir lo mejor posible en este mundo, no le dan el máximo bienestar posible. Porque el sentido natural y la experiencia son raseros iguales, todo lo dejan a ras de tierra. Falta algo que colme nuestras aspiraciones, algo que disipe nuestras inquietudes, algo que dé al bienestar su última perfección y lo haga moral, librándole de toda incertidumbre. La Tierra nos desazona e intimida tanto como el temor a la muerte definitiva, temor que crece a medida que aumenta el bienestar. Tenemos que librarnos del temor a ese mal, que es el mayor posible aquí. Porque sólo libres de él podremos gozar del máximo posible

aquí. Tenemos ya todos los medios efectivos, pero no bastan. Interrogamos de nuevo al sentido moral: «¿De veras acaba para nosotros todo en la Tierra? ¿No nos espera nada más allá de la tumba? ¿No hay una vida ultraterrena? ¿Un mundo mejor que el real donde podamos gozar la verdadera felicidad? ¿Será lo definitivo estar enterrados? ¿Será lo último la muerte? ¿Será un sueño la inmortalidad? Si esta es una falsa ilusión, ¿por qué se nos ha infundido ese anhelo? Si eso fuera cierto, ¿dónde estaría la divina justicia, ya que no existe en la Tierra?»

No puede ser, nos decimos; la experiencia nos engaña. No hemos venido aquí para morirnos, ser enterrados y sanseacabó. Eso es bueno para los demás animales, los irracionales, que son los comunes; para nosotros, no; nosotros somos excepcionales, los únicos hijos de Dios. Nos envió Dios a la Tierra para probarnos y que ganásemos con nuestros méritos el puesto que nos tiene reservado. Esa es nuestra verdadera misión en la Tierra, y para cumplirla nos dió los medios necesarios. No quiso que la Tierra fuese nuestro paradero definitivo. En ella somos «pasajeros y transeúntes», como dicen las Sagradas Escrituras. Este es sólo un lugar de prueba. Para eso estamos en la Tierra, que es un valle de lágrimas; pero nos está reservado algo mejor; primero, un segundo paraíso; después, la gloria, donde nos espera con los brazos abiertos la amada felicidad, si la merecemos por nuestra conducta aquí. Esa es nuestra creencia.

El hombre persigue en la Tierra un fin trascendente. Este fin nos es tan necesario que sin él no sabríamos decir por qué ni para qué estamos aquí. No tendría sentido nuestra permanencia en la Tierra. Ignoraríamos el sentido de nuestra vida. Nuestro hábito mental nos lleva a dar a esta vida, que por sí misma carece de sentido, uno tan trascendente que, sumadas todas sus trascendencias posibles, se convierte en trascendental. Sólo con esa visión de lo trascendental podremos interpretar lógicamente nuestra vida. La ausencia de ese fin trascendental, que encierra todos los fines de la vida, nos causa la angustia que sentiría quien estuviera suspenso de un sostén fragilísimo, de inevitable y seguro rompimiento, sobre un abismo insondable; de ahí nuestro instintivo y natural horror a la muerte en cuanto la concebimos como el fatal aniquilamiento de nuestra vida individual.

La experiencia y la Ciencia nos dicen friamente que no saben nada más, ni pueden decirnos otra cosa porque lo ignoran, y añaden: «Acabada nuestra vida en la Tierra, nuestro cuerpo se descompondrá

y acabará por disolverse. Pero la sustancia subsistirá. Subsistirá ese algo de que estamos formados, algo de que somos una forma nada más; perderemos nuestra forma individual. No seremos los mismos; no nos reconoceremos por carecer de forma y apariencia propias. Nos habremos sumido en el piélago de la sustancia eterna. Nosotros vivimos separados de la sustancia universal durante un breve plazo, encerrados en esta forma personal que revestimos mientras peregrinamos por la Tierra. Tras la muerte esa forma desaparecerá; nuestra sustancia volverá al océano de que surgió. En ese océano nos sumergiremos.» «Individualmente no somos nada después de la muerte», dice Séneca.

Parece que la Ciencia y la experiencia tienen razón. Nadie ha ido más allá de la muerte. Nadie ha vuelto del otro mundo de manera indiscutible. De ese más allá nos falta el testimonio de una experiencia cierta. Pero en el fondo del hombre hay algo que se rebela contra ese dictamen. Ante esa perspectiva nos sentimos inquietos. Nos embarga la tristeza. Nos asalta el sufrimiento en sus tres formas naturales: dolor, amargura y pena. No hemos podido lograr en la Tierra el bienestar posible. ¿Cómo sentirnos satisfechos bajo la pesadumbre de tal inquietud? Acabar en la Tierra nos angustia. Pesa demasiado sobre nuestro pecho. Nos ahoga. Nuestra alma quiere volar, remontarse a las alturas. El hombre, aunque hijo de la Tierra, también lo es de Dios. Su origen está más alto que el de los demás seres terrestres. Su patria de origen es el Cielo, y a ella quiere volver. ¿Puede ser lo definitivo para el hombre acabar en la Tierra? Esta es el fundamento de todo lo humano. Pero no el cimiento. No puede acabar todo en la Tierra. Es posible más y mejor. Ni la Ciencia ni la experiencia saben lo que se dicen. Su dictamen es falso. El dictamen del sentido natural está demasiado apegado a lo terrestre. Si todo acabara en la Tierra no sería posible en ella el bienestar perfecto, porque esa perspectiva nos atribula. No nos conformamos con tan desconsoladora respuesta. Admitimos que todos los demás seres terrestres mueran definitivamente y acabe para ellos todo en la Tierra. Pero nosotros somos una excepción. Amamos demasiado la vida para resignarnos a la muerte definitiva. Queremos otra vida más allá de lo terrestre. Otra vida que nos esté reservada para después. Así nos ha sido revelado. Aspiramos a la inmortalidad, a la vida eterna. Esperamos que algo nuestro se salve del perecimiento; por lo menos nuestra alma, y la carne, que también resucitará: ése es nuestro credo.

¿No será fundada esa esperanza? ¿No habrá para nosotros indi-

vidualmente nada después de la muerte? ¿No podremos trasponer el río del olvido, el Leteo; cruzar su corriente, pasar a la otra ribera, entrar en otro mundo? ¿Nos sumergiremos para siempre en ese río tenebroso que cuantos viven en este mundo han de cruzar al fin? ¿Es nuestra vida terrestre una peregrinación insensata que terminará definitivamente en la sepultura?

Cuando nos revolvemos contra ese dictamen de la Ciencia y la Experiencia, éstas se callan o contestan enigmáticamente: «El hombre —dicen— está en la Tierra para cumplir su misión, o sea para realizar su destino.» Eso no es decir nada, porque nada aclara. Pero es la mejor respuesta que logramos arrancarles. Preguntamos a la Ciencia: «El destino del hombre ¿está más allá de la muerte? ¿Es el hombre inmortal?» Y la Ciencia nos dice: «No lo sé, no sé nada del más allá; conozco la vida humana y sus leyes, pero ignoro su origen y su destino, como ignoro el destino de esta vorágine que constituye la vida universal. Dios dicta sus designios a los hombres; pero esos designios divinos son inescrutables, misterios indescifrables para los hombres «mientras éstos vivan en la Tierra. Porque la inteligencia humana no tiene más que un instrumento para averiguar la verdad. Ese instrumento es su sensibilidad. Opera sobre las sensaciones, de las cuales extrae sus ideas. «Nihil est intellectus quod prius non fuerit in sensu.» El reino de la inteligencia es relativo. Su dominio está constituido por las relaciones entre las cosas. Sus confines son las apariencias. Y el más allá es el reino de lo absoluto. Nuestra razón es sonda demasiado corta para penetrar en tales honduras. Y como la Ciencia es sólo el arca tesoraria de la razón, jamás la Ciencia podrá pronunciar palabra reveladora que disipe nuestra ignorancia sobre el último fin del hombre.»

La Ciencia y la Experiencia nos dan, en definitiva, la misma respuesta: «El hombre vino a la Tierra para cumplir su misión.» No logramos arrancarles otra declaración. Pero esa misión, que es nuestro destino en la Tierra, ¿se cumple en esta vida o más allá? ¿Habremos de morir aquí del todo y para siempre o resucitaremos? Esa pregunta encierra toda nuestra ansiedad. Ante ella la razón permanece muda. Sólo sabe lo que se refleja en nuestra conciencia, que carece de experiencia del más allá. Sólo conoce el hecho de la vida humana en la Tierra y sus leyes; pero no puede saber su origen ni desentrañar su futuro destino. Ni tampoco el de la vida universal en cuyo torbellino navega la especie humana. El designio divino es impenetrable. Nos envuelve el misterio. Un misterio absoluto, inviolable.

El fin trascendental está más allá de las apariencias; pertenece a lo absoluto, que es insondable.

Queremos creer, porque así nos lo dicen quienes nos inspiran fe, que nuestra vida terrena es sólo un tránsito hacia una meta invisible donde nuestro ser individual será eterno. Pero el hombre común se pregunta: Esta fantasía ¿será una ilusión, una figuración quimérica de nuestro afán de sobrevivirnos?, ¿podremos ser eternos como Dios? Sentimos en nuestro interior algo que nos hace ver en el hombre común un ser definitivo y en su vida terrestre un punto de partida para otro mundo y una vida mejor en que no seremos sombras huidizas y fantasmales, marionetas, como aquí, sino verdaderos autores. No nos resignamos a ser un episodio efímero y fugitivo de una evolución interminable en un proceso de infinita creación de formas que dejará en tiempos futuros atrás y olvidada la especie humana, como tantas otras especies de animales que acabaron para siempre y no volverán a ser. Queremos ser el eje de esa evolución. Todo ser tiene sed de inmortalidad. Esa sed tan intensa del hombre ¿se saciará alguna vez? Sabemos ciertamente que moriremos en la Tierra, pero ¿del todo? ¿Quién sabe! Esa duda, por un lado, nos atormenta; por otro, es el asidero de nuestra esperanza. Insistimos. ¿Es que no hay para el hombre nada más allá de la Tierra? El sentido común nada sabe de eso; ignora lo que se le pregunta; no puede dar solución al problema ni disipar nuestras dudas. El práctico no se ocupa de esas cosas. El intelectual se preocupa, pero nada puede averiguar porque la Ciencia no da luz. El natural sólo habla de lo que ve y toca, y lo que ve es que al que se muere lo entierran y todo acabó para él; de lo cual infiere que todo acaba en la Tierra. La experiencia no da más de sí y el natural no cree en apariciones.

Pero algo nos falta en nuestra teoría del bienestar para conseguir el máximo, el PLUSCUAMPERFECTO. Nos falta el cimiento de roca sobre el cual levantar la teoría con tal solidez que pueda desafiar el paso de los siglos. Porque la Tierra es el fundamento, pero no el cimiento de todo lo humano; es mucho, pero no es todo; es sólo parte del Universo que gira por los espacios y nos arrastra al moverse; pero el cimiento ha de ser incommovible. ¿Cuál será? El único que puede contestar esa pregunta de modo que satisfaga nuestros deseos es el mejor de los sentidos, el sentido moral. Cuanto nos diga, si le interrogamos, constituirá para nosotros una verdadera revelación. Interroguémosle de nuevo.

LA NUEVA INTERROGACIÓN.

«Necesitamos—decímosle al sentido moral, que es como decírnoslo a nosotros mismos en la intimidad de nuestra conciencia—un cimiento para la teoría de los medios necesarios para conseguir el máximo bienestar posible aquí. Tenemos que cimentarla para que no se derrumbe. El cimiento no es el fundamento, sino algo más firme; algo que la perfeccione y la haga inexpugnable e incommovible; algo que nada tiene que ver con el sentido común ni con sus agentes. El cimiento no puede ser cosa común, sino excepcional. Siendo incommovible, ha de ser uno, infinito y eterno, como Dios. Un medio que no sea verdadero medio, sino principio y fin de la teoría; lo primero y lo último de ella, según se mire; lo más profundo en nuestro ser; lo más perfecto, puro y diamantino en él; algo que sólo puede darnos el sentido moral, el de la máxima perfección, que nos dirá cuál es la piedra angular sobre la cual podremos edificar nuestro más perfecto bienestar posible en la Tierra de modo incommovible. Ese cimiento trasciende de lo natural a lo sobrenatural, de lo real a lo ideal. Es cimiento posible para todo bienestar y para todos los hombres; piedra, roca firme sobre la cual edificar desafiando al tiempo, contra la cual no prevalecerá el miedo a la muerte porque sobre ella edificaremos con sentido de eternidad. ¿Cuál es?»

Y el sentido moral nos dice: «Sí, hay un más allá de este mundo; un bien superior al bienestar y más alto y noble que los posibles en la Tierra; un mundo milagroso, sobrenatural, absolutamente perfecto. Una Tierra mejor que este valle de lágrimas, el Paraíso. Y una patria más bella que la terrestre, la patria celestial; hay un Cielo, y en el Cielo una Gloria donde mora el Sumo Bien, que como el sol, todo lo ilumina y a todo da vida eterna. El amor al Sumo Bien es el cimiento, la roca firme sobre qué edificar. Quien sobre esa piedra edifique su casa será hombre prudente; «quien sobre ella no la cimiento será el insensato que edificó sobre arena», dice el Evangelio.»

La buena voluntad—reflexionamos—, o sea la racional, no puede darnos los medios necesarios para alcanzar ese cimiento. Nos lo da la divina gracia; pero con tal profusión los derrama sobre cuantos se lo piden, que es como una lluvia bendita de la que cada cual puede recoger lo que pueda y quiera conforme a su voluntad, libre del límite racional, pero sujeta a su responsabilidad, sujeción que acom-

paña siempre a la libertad a fin de que el hombre conserve su dignidad de persona real, o sea de rey de la creación. El sentido moral nos descubre en el seno de la intimidad que esa roca firme, sobre la que ha de edificarse nuestro posible bienestar perfecto aquí, no pertenece a este mundo, sino al otro mundo, al sobrenatural, cuya existencia afirma el sentido moral.

Mas para llegar hasta él se hace necesaria una ascensión gradual realizada en tres sucesivas etapas, todas ellas impulsadas por el sentido moral. Esas etapas son: la idealización, la religiosidad y el misticismo, en cada una de las cuales actúa un agente del mismo sentido moral, que en ellas realiza su función.

1.ª LA IDEALIZACIÓN.—Es la creación de un mundo ideal en el que tenemos que creer. Esta creación es función del idealista. El cual crea, en su fantasía, otro mundo, en cierto modo parecido al real, pero perfeccionado hasta el punto de hacerlo ideal. Porque el idealista perfecciona y embellece cuanto toca y lo convierte en ideal, que es todo lo forjado conforme a nuestros deseos, hasta que nada deja que desear. Este mundo irreal sintetiza todos los ideales posibles, que son todos los imaginables, los cuales en ese mundo adquieren su verdadera naturaleza encarnada por nuestra fantasía. A ese mundo trasladamos nuestra vida; en él vivimos por un esfuerzo de nuestra fantasía exaltada por el amor a la vida y a la felicidad. Vida superior a la terrena, a que pone fin la muerte aquí, e idea de otra lejana y remota, más amplia y duradera que la terrestre, por ser eterna, y que satisfaga el común deseo del hombre de ser uno, infinito y eterno como Dios. Con el cual nos identificamos. Una vida donde podamos conseguir un bien más alto que el posible aquí, un bien perfecto, y la felicidad verdadera, la eterna.

Guiado por el amor a la felicidad, el hombre crea para sí una proyección de vida mejor, una vida ideal en otro mundo más perfecto que el real. Este mundo absolutamente perfecto es el moral, sobrenatural, ideal soñado, fantástico, donde el hombre alcanzará por fin la salvación de su ser y podrá gozar la felicidad de ver y poseer al bien amado, que hará suyo como si fuera de su propiedad.

2.ª LA RELIGIOSIDAD.—La función del religioso es ponernos en comunicación con Dios y enseñarnos los caminos que a Él conducen a partir desde esta vida terrestre. El religioso responde concretamente a todas nuestras preguntas sobre la otra vida, disipa nuestras inquietudes, acaba con nuestras incertidumbres y nos anticipa los logros apetecidos.

Las creencias que con Dios nos ligan son las religiosas.

La religión es, pues, la única que puede contestar nuestras interrogaciones, disipar nuestras dudas y aplacar nuestras angustias. Cada religión contesta conforme a sus inspiraciones, que los creyentes estiman como revelaciones. Son éstas diversas. Cada uno de los grupos humanos se apropia esas revelaciones y las adapta a su particular psicología. El sentimiento común forjará una certeza. Y esta certeza salvará nuestra angustia. Entonces la vida del creyente adquiere un sentido moral y el hombre un destino imperecedero. Libre de su trágica duda, cada creyente se aferra a su creencia para no recaer en aquélla; se niega a examinarla, analizarla y discutirla, esto es, a someterla al criterio de la razón. La mera duda será un crimen religioso, un pecado mortal, un contra Dios.

Pero no todas las religiones son iguales. No todas contestan bien del todo a nuestras preguntas, ni disipan por entero nuestras dudas, ni aplacan en absoluto nuestras angustias. Sólo una puede hacerlo, la nuestra, a la que por ser nuestra la estimamos única verdadera. La nuestra es la cristiana, católica, apostólica y romana. Única con divina unidad, como fundada por el Hijo de Dios, por Jesu-Cristo, que condena como herejía toda desviación.

Sólo la religión verdadera puede decirnos si todo acaba en la Tierra para el hombre y qué sucederá después. Su respuesta responde al deseo universal de los hombres, lo cual certifica su verdad. Y los hombres comunes la necesitan para ser aquí completamente felices, esto es, para gozar de un perfecto bienestar. Del amor a la vida y a la felicidad proviene la fuerza imperecedera del sentimiento religioso. La verdad religiosa tiene sus fuentes en el propio ser humano; anida en sus entrañas, está abrazada a las raíces de la vida, entretejida con las fuerzas misteriosas que crean esa vida. Por eso el sentimiento religioso es superior a la vida misma; la respuesta religiosa es voz que asciende desde las profundidades de nuestro ser íntimo, fruto de la esencia misma del ser humano, anterior a todas las investigaciones de la inteligencia y superior a todas las demostraciones de nuestra razón. El hombre, por ser racional, no puede conocer sino lo que ilumina su razón. Pero la religión⁴ le ordena creer en lo que no puede conocer por su razón individual. Le obliga a tener razón contra su propia razón, a creer por cima de la razón, con enajenación de la razón, esto es, con locura. Porque la verdad religiosa, que es la misma verdad moral, es más necesaria para perfeccionar el bienestar humano posible aquí que la verdad racional.

Por eso la inmortalidad del hombre, supremo deseo del ser humano, no es materia propia de la razón humana o común; ante ella esta razón vacila o calla; es materia de religión. Porque la razón divina es superior a la humana y dice que es así por la divina voluntad. Ciencia y Religión no están en desacuerdo ni lo pueden estar. Razón y creencia se aúnan y completan respectivamente. Sus respuestas son las mismas, aunque varíe el acento: dubitativo en una, afirmativo y dogmático en la otra. La Ciencia nos dice que el fin que la vida humana persigue es la perfección del ser humano; la Religión nos dice que esa perfección consiste en la transformación del ser humano en ser divino sin dejar de ser humano. Ambas tienen como meta la perfección del hombre; difieren sólo en el radio: la Ciencia la circunscribe al mundo natural; la Religión va más allá; traspone las fronteras naturales y penetra en el mundo sobrenatural.

La Religión suscribe las revelaciones del idealista y las precisa y completa diciendo:

«La condición necesaria para ser completamente feliz en la Tierra es amar a Dios sobre todas las cosas creadas por El, y pereceras por tanto. Este es el principio superior o común, del cual se derivan todos los verdaderos valores morales. Porque Dios es al mismo tiempo principio y fin de todas las cosas, es decir, el ser y el bien de todo lo creado, y por tanto del ser humano u hombre común que aspira a conseguir su bien y lo persigue, en tanto que las demás cosas y seres han sido creados para servirle de medios en la consecución de su fin. El ser ya lo tenemos, porque nos lo dió el Supremo al sacarnos de la nada. Ahora aspiramos a conseguir el Bien, que es lo que no tenemos, y, transitoriamente, el bienestar posible en la Tierra. Queremos un bien absolutamente perfecto, moral: Dios.»

Y la Religión añade:

«Dios, además de ser nuestro Señor, es el padre nuestro que está en los Cielos, y desde allí dirige nuestros pasos. No puede querer ningún mal para sus hijos bienamados ni condenarlos sin remisión a vivir abrumados de trabajo en la Tierra, angustiados por el temor a la muerte definitiva y asfixiados por el peso de la Tierra, a cuyo seno han de volver irremisiblemente por ser hijos de ella y en virtud de una ley comprensiva de todo lo creado, ley que no quiere derogar. Algo mejor les tiene reservado en el otro mundo: la felicidad, si la merecen, cumpliendo su principal deber: amarle sobre todas las cosas.»

Del amor a Dios así entendido se derivan tres sentimientos morales, a saber: 1.º Amar al bien moral; 2.º Tener el valor de perse-

guirlo, y 3.º La abnegación necesaria para conseguirlo. Vamos a explicarlos.

1.º *Amor al Bien moral*.—Moral es lo absolutamente perfecto, lo puro sin mezcla ninguna con las impurezas de la realidad. Este amor ha de ser también moral; su naturaleza debe coincidir con la del Bien. Amor es deseo de unión con el Bien amado para hacerlo nuestro y vivir bien del todo, en su compañía, por toda una eternidad. Impulso instintivo del hombre común y principio de toda nuestra actividad moral; fuente de toda virtud; manantial inexhausto de las Teologales, las tres más grandes virtudes que pueden adornar al hombre. Amor que lleva implícito el temor a ofenderle, esencia o principio de todo mal (la ofensa), mal esencial, y surtidor (el temor) de las cuatro virtudes cardinales: prudencia, justicia, fortaleza y templanza.

Amar al Bien puro, es decir, amarle sobre todas las cosas, con amor moral, es amor sin límite racional. Es amar con frenesí, locura de amor. Así el hombre quisiera vivir bien del todo, lo quiere y lo ama frenéticamente.

El amor es síntesis de todos los sentimientos que lo integran y a él conducen: simpatía, afecto, cariño, devoción y adoración al Bien amado.

2.º *El valor moral*.—El amor al Bien moral despierta en el amante el valor necesario para perseguirlo, con ánimo de conseguirlo, para hacerlo suyo y gozarlo. Este valor inspira todas las acciones temerarias conducentes a tal propósito. Puesto que el Bien amado existe, hay que procurar que sea nuestro. Y para conseguirlo, perseguirlo. Este es nuestro segundo deber. Mas para perseguirlo se necesita valor. Esta idea surge en nosotros apenas sabemos que existe el Bien amado. Pensamos que no puede ser sino para nosotros, porque ¿para quién va a ser si no hay en la Tierra ser alguno con mejor derecho a él, porque ninguno nos es superior?

El valor es arrojo, temeridad y heroísmo. Cada uno de los cuales despierta en el ánimo un sentimiento correspondiente, o sea congruente en su grado de intensidad con la del valor que lo infunde. Estos sentimientos son: la creencia, la confianza y la seguridad de que lo alcanzaremos.

El valor es incompatible con el temor al mal. Hay que expulsarlo de nuestro ánimo. Si lo expulsamos tendremos valor. Sacrifiquemos, pues, ese temor. Este sacrificio es el principio del valor. Es una imprudencia, pero esta imprudencia es el sacrificio real que el Bien

amado exige al amante para otorgarle su gracia o nombre, esto es, para permitir que también sea «amado».

El extremo del valor es el heroísmo. Que implica el sacrificio absoluto del temor al mal, que es lo real. El heroísmo consiste en arrosar la muerte real para conseguir el ideal, o sea para penetrar en la otra vida por las puertas de la Gloria, que dan acceso a la inmortalidad. El resplandor de la Gloria alumbra y guía al heroísmo; de aquélla proviene la luz que a éste hace resplandecer y la divina ilusión de conseguir el ideal, santa ilusión que nos fortifica y ayuda a sobrellevar con alegría las penalidades y dolores de esta vida y aun la propia muerte. El heroísmo es la locura del valor que disipa todo temor y lo cura.

3.° *La abnegación.*—De la función del amor al Bien puro y el valor para perseguirlo nace la abnegación para conseguirlo. La abnegación es la negación por el amante de su propia realidad; es estar dispuesto el amante a sacrificar voluntariamente todos sus bienes reales, incluso la vida temporal, para conseguir el Bien amado, obediendo a las exigencias de éste para obtener su gracia o nombre y ser también AMADO, esto es, para ser correspondido.

El principio de abnegación es el espíritu de sacrificio. El espíritu es en todo lo esencial. La forma o manifestación de ese espíritu es la mansedumbre. Que es la virtud cristiana por excelencia. Jesucristo fué el manso cordero ejemplar. Virtud orgánica compuesta de tres virtudes más modestas: la humildad, la paciencia y la resignación voluntarias, claro está, o sea la conformidad con lo exigido por el BIEN AMADO. Todo lo cual se integra en la voluntad de sacrificarse por amor al Bien amado, sacrificando previamente todos nuestros bienes terrenales, incluso la vida terrenal, si preciso fuera para conseguir el Bien amado.

3.° EL MISTICISMO.—Y ahora veamos la tercera etapa de la ascensión del alma al Bien amado y sus efectos. Esta tercera ascensión o etapa es el misticismo. Función del místico. Quien nos toma en sus brazos, es decir, toma al *ser* humano, y lo eleva hasta la presencia del Bien amado cuya gracia aspira a obtener y le infunde las virtudes necesarias para ser felices del todo aquí, esto es, para llegar a poseer el máximo bienestar posible en la tierra y aún más allá.

1.° En primer lugar, al través del arrobó, el embeleso y el sueño, le lleva a la contemplación estática del BIEN AMADO. Extasis cuya consecuencia inmediata es la Fe; Fe en el bien y en todas sus perfecciones sumas y en su orden: en su verdad, en su belleza y en su

bondad. Fe es «luz y conocimiento sobrenatural con que sin ver, creemos lo que Dios nos dice y la Iglesia nos propone» (Dicc.). El Bien amado derrama sus perfecciones sobre nosotros cuando nos identificamos con EL, perfecciones que cada cual recogerá en la medida que a cada cual convenga, según su naturaleza.

La Fe es la identificación absoluta del amante con el amado. La Fe es acto de amor, su realidad, su fruto; es sentirse en posesión del Bien amado, como si a EL se estuviera unido realmente; es el fin del proceso espiritual inspirado por el amor. Es la creencia exaltada hasta su fin. Y en la Tierra, el medio indispensable para perfeccionar el bienestar y hacerlo moral; el manantial inexhausto de que mana esa perfección; acto de amor que todo lo puede, por ser ilimitado su poder.

La Fe puede ser instintiva, consciente y racional. La primera es credulidad; la segunda, creencia; la tercera, certeza; todas juntas nos dan la convicción. Pero por cima hay otra Fe, que es la moral, la divina, que es la máxima, hija de la locura de amor; cristalización del deseo, purificado por el fuego del amor que lo acrisola. Realidad del amor por la cual el amante se despoja de su propia realidad, es decir, de su ser amante; enajena sus sentidos, se convierte en amante puro, recibe la gracia o nombre del amado y se trueca de amante en AMADO. Santa Teresa, al describir su éxtasis en las *Moradas*, escribe que «estaba como dentro de un diamante»; di-amante es la palabra.

La Fe es el supremo asidero de quien ansía su máximo bienestar posible en este mundo, porque la Fe forja su propio bien, le da realidad; lo ve el amante y se desposa con él. Así el Bien amado se convierte en realidad por mediación de la Fe. La Fe absoluta es ciega, incondicionada, ilimitada, por lo cual no cabe en el alma del hombre común, sino del excepcional. La Fe religiosa es la Fe del carbonero, Fe ciega por faltarle la visión de los sentidos enajenados, Fe pura, sencilla, PLUSCUAMPERFECTA, innaccesible a la duda, que no encuentra resquicio por donde penetrar en ella. Es la expresión más alta del amor divino al Bien amado, que es nuestro Dios, el ápice de los bienes, el bien supremo. La Fe del carbonero consiste en creer puramente en la existencia del amado y en sus perfecciones porque sí, porque queremos que así sea, porque nos da la gana, sin asomo de razón que lo explique o justifique. Es un acto de voluntad pura.

La Fe es la primera de las virtudes teologales. Es una divina gracia con que el Bien amado auxilia al amante en las luchas por la vida y de la vida, y le sostiene y fortifica. Es la Fe del ser humano en su destino inmortal, acto de amor que crea la realidad

del bien, sacrificando la verdad real a la verdad moral, la razón humana a la **razón divina**.

La Fe es gracia que el Sumo Bien concede a quien quiere, y por tanto, posible para todos; la concede por su infinita bondad; el tenerla depende de esa bondad, que por ser infinita alcanza a todos; pero no la tiene quien quiere, sino quien puede, porque la merece y el Bien amado se la concede.

La Fe es la santa locura del Apóstol. «Creo hasta el absurdo.» Auxilio tan poderoso que hace posible lo imposible; lo negro, blanco; el mal, bien; el dolor, placer; la muerte, vida; lo mortal, inmortal; lo increíble, creíble; la ficción, verdad. Es virtud tan poderosa porque cuenta con el favor del Bien que el amante ha creado y en que cree. Ser tan poderoso que el amante, por su Fe, cree poderlo todo, incluso trasladar las montañas, para él un juego, aunque parece un milagro, milagro que hace la Fe.

La Fe es el bien moral que en realidad es el Amado, parte del cimiento necesario para edificar nuestra teoría, o sea para conseguir el máximo bienestar posible aquí. La parte indispensable, la esencial del cimiento, la que le da su firmeza.

2.* *La esperanza*.—«Virtud teologal por la que esperamos en Dios con firmeza que nos dará los bienes que nos tiene prometidos» (Diccionario).

La virtud de la esperanza, por ser teologal, es divina; la divina esperanza de lograr la gracia del Sumo Bien, del Amado. Es el acto de valor, su realidad, su manifestación natural. Puesto que el Bien amado existe, según nos certifica la Fe, es de esperar que sea nuestro, como queremos. Para eso lo estamos persiguiendo. Y para ello se necesita valor.

No puede ser sino para nosotros. No hay en la Tierra nadie con mejor derecho, nadie que esté por cima de nosotros, nadie que nos sea superior. Cuando se siente en el corazón el valor necesario para perseguirlo, nace en el ánimo la esperanza de lograrlo. De esta esperanza se nutre el valor del hombre. La esperanza es, pues, fruto y sustento del valor. De éste proviene la esperanza, y ésta lo sustenta y mantiene. Son consustanciales. No hay valor sin esperanza, ni esperanza sin valor. La esperanza es la causa del valor, su esencia, y también su sustancia o realidad. El acto valeroso se realiza porque se espera triunfar. Es, pues, el origen, el alma del valor.

La primera forma de la esperanza es la creencia no en la existencia del Bien amado, cosa que nos certifica la Fe, sino en la posi-

bilidad de lograrlo o, por lo menos, conseguir su gracia o nombre. La creencia es el principio o esencia de la esperanza. La cual por sí misma ya tiene un valor. Esta creencia es como una promesa del Bien amado, promesa de la posible concesión de su gracia. Esta creencia es **instintiva**.

La segunda forma es la confianza en nuestras propias fuerzas para alcanzarlo. Y en que mediante ellas lo conseguiremos. Confianza es «esperanza firme que se tiene en una persona o cosa». Y también, «ánimo, aliento, vigor para obrar» (Dicc.). Es la forma impura de nuestra esperanza, una mezcla de la idea de nuestras fuerzas y de la inaccesibilidad del Bien. Una modalidad de la creencia más concreta y más perfecta, porque esa forma la toma en nuestra conciencia. Una creencia fundada sobre el cotejo de nuestras fuerzas y las dificultades que la realidad ofrece para la consecución del Bien amado; o sea, conocimiento de los obstáculos o de sus apariencias, y de nuestras fuerzas; comparados, nos encontramos con fuerzas suficientes para conseguirlo y confiamos en ellas. Es la parte consciente de la esperanza.

La tercera etapa es la racional. La seguridad. O calidad de seguro. «Seguro: Libre y exento de todo peligro, daño o riesgo. / 2. Cierito, indubitable y, en cierta manera, infalible. / 4. Seguridad, certeza, confianza» (Dicc.).

Es la confianza exenta de todo temor; purificada de toda imperfección, la racional, libre de dudas y sin peligro de sentirlas.

Estas etapas nos conducen a la esperanza moral. Que es la certidumbre de que puede ser para nosotros el Bien amado.

La esperanza es una divina gracia que fortifica el ánimo y mantiene el valor cuando éste desfallece o está a punto de desfallecer. Es lo que nos auxilia cuando necesitamos arrostrar con impavidez los peligros, incluso el de muerte, hasta el heroísmo; lo que sobrevive a todos los fracasos, porque dicho se está que lo último que se pierde en el mundo es la esperanza; una gracia vestida de azul celeste, sin mancha, inmaculada, bella como una aurora, resplandeciente, absolutamente perfecta, virtud con poder bastante y fuerza suficiente para engendrar una virtud mayor: la caridad.

3.ª *La caridad*.—«Una de las tres virtudes teologales, que consiste en amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a nosotros mismos» (Dicc.).

El amor al bien moral y el valor para perseguirlo en su función despiertan en el ser humano la abnegación necesaria para conseguirlo. La caridad es el acto de abnegación, su realidad. Un acto que el

amante realiza para atender las exigencias del Amado. El amante demuestra su amor sacrificando, abnegado, sus bienes temporales, que son los posibles en este mundo, incluso la vida misma terrenal y temporal, en las aras del Bien amado, para conseguir la ideal, que es la eterna.

La abnegación es la negación de la propia existencia del amante. Lo cual implica sacrificio. No teórico, sino práctico, efectivo. Caridad es la práctica de las obras de misericordia, que lo son en cuanto se realizan por amor al bien puro. Es hacer el bien con sacrificio de nuestros bienes reales. Porque la caridad representa siempre un sacrificio. Hasta el de la vida. Fruto de la Fe y la Esperanza. Sin Caridad, estas virtudes son infecundas, no dan su fruto natural. Quien dice sacrificio, dice fecundidad; porque sin sacrificio no hay recompensa, que es lo fecundo. La Fe es la semilla; la Esperanza es la flor; la Caridad es el fruto, la virtud que hace al Bien fructificar en nuestra alma.

En la divina virtud de la Caridad se resumen y sintetizan todas las virtudes que el Sumo Bien nos confiere a trueque de los bienes que le sacrificamos. Sin Caridad son estériles las demás virtudes. Porque la Caridad consiste en hacer el Bien. Y el que hacemos es el único que con justicia podemos llamar nuestro y del que podemos gozar plenamente.

La Caridad es también una gracia, la última gracia, la santificante, la que, sacrificando nuestra vida real, nos hace impecables, porque nos limpia de todo pecado, y nos quita la posibilidad de cometerlo al darnos el golpe de gracia, el cual hace que con la muerte espieemos todos los pecados cometidos y que pudiéramos cometer, privándonos de las condiciones de volver a pecar. Por eso nos da la santidad.

4.^a *La pobreza de espíritu.*—El sacrificio de nuestros bienes reales, que son temporales, para hacer con ellos un bien puro, que es el eterno, nos condena a la pobreza real. Es la natural consecuencia de la Caridad. Que siendo absoluta, es la divina; aquí hablamos de la humana.

Y como la Caridad pertenece al dominio del espíritu por ser una virtud o perfección de la voluntad, los bienes de que se trata son los espirituales. La pobreza de que se trata no es, pues, la material, sino la espiritual, que es la esencial. Esta pobreza es la que hace a los hombres «pobres de espíritu», de que habla el Evangelio. Y consiste en la escasez de los bienes espirituales: en primer término los esenciales, que son las potencias del alma. Porque «espíritu» es el

nombre que damos al alma revestida por el cuerpo. Estas potencias son: memoria, entendimiento y voluntad. La pobreza de espíritu consiste en tener flaca memoria, corto entendimiento y débil la voluntad, con las naturales consecuencias en sus respectivas adquisiciones, que constituyen los bienes espirituales reales. Es una situación en que las potencias del alma están como embotadas. Pero voluntariamente.

Su manifestación o forma es una beatitud especial, un estado en que el hombre permanece sumergido en dulce sueño. Que le permite forjarse toda clase de ilusiones y soñar con toda suerte de felicidades. Entre aquéllas, la ilusión de que al morir pasará a mejor vida. Una vida en que podrá disfrutar de una Dicha paradisiaca en una Tierra mejor que la nuestra, en la cual verá cubiertas todas sus necesidades y satisfechos todos sus deseos con el menor esfuerzo posible, o sea apenas sin sentirlos. Dicha Tierra será un segundo Paraíso. Podrá también soñar que gozará de la felicidad de ver y poseer al Bien amado, o sea al Eterno, por toda una eternidad.

Pobres de espíritu son, pues, lógicamente pensando, los beatos de esta especie. A los cuales está prometida la bienaventuranza. Porque el Evangelio los incluye entre los posibles bien-aventurados. Esta promesa es el principio de la bienaventuranza, la esencial.

Los hombres presa de esta especie de beatitud, o sea los beatos de esta especie, se forjarán la ilusión de que al morir pasarán a mejor vida en el Paraíso. Pero no les basta con esa ilusión. Para calmar sus inquietudes y disipar su angustia necesitan soñar que, abandonando el Paraíso, suben al Cielo, penetran en la Gloria y allí gozan de la felicidad. En este sueño se remontan y dicen «adiós» a la realidad. Lo cual es escaparse de la Tierra, donde es posible la beatitud, pero no la bienaventuranza real.

5.^a *La bienaventuranza.*—La bienaventuranza es prometida a los beatos o pobres de espíritu. Pero la promesa es la esencial, no la real. Esta es otra cosa.

El Bien amado concede su gracia, o sea la real, cuando hace a los beatos su última gracia, o sea cuando les da el golpe de gracia o de misericordia por el cual pasan del sueño temporal al eterno. Este golpe convierte a los beatos en bienaventurados. Esto es, cuando da a los beatos una buena muerte y los hace pasar del sueño a la muerte con un *tránsito* sin solución de continuidad. Lo cual es impedir que se despierten, es convertir su último sueño terrestre y temporal en definitivo; en esa vida gozarán de una vida mejor que la terrestre y la paradisiaca, porque gozarán de la felicidad de ver y poseer al Bien

amado, es decir, vivir bien del todo. Así terminará la aventura que emprendieron al venir a la Tierra a cumplir la misión que les fué confiada y realizar su destino. Allí, en rara comunión con los santos, gozarán esa felicidad eterna que apetecen y poseerán al Bien amado por toda una eternidad.

La beatitud lleva al Paraíso; la bienaventuranza, a la Gloria. Hacer del beato un santo, es decir, un impecable, es otra gracia, la gracia triunfante. Por este sueño acaba la intranquilidad que amarga a los mortales sólo por serlo, disipa todas sus inquietudes sobre el más allá de la tumba y perfecciona el bienestar posible en este mundo, dándole su máxima perfección, la moral.

* * *

Y ahora sí hemos llegado al final de la teoría de los medios para conseguirlo. O sea, la relación de los necesarios para gozar de la mayor felicidad posible aquí, en nuestra vida terrestre o temporal, como preliminar de la eterna. Medios sin los cuales no es posible aquí ni más allá. Con estos medios tendremos aquí paz y después gloria, que es lo que ambicionamos en la Tierra.